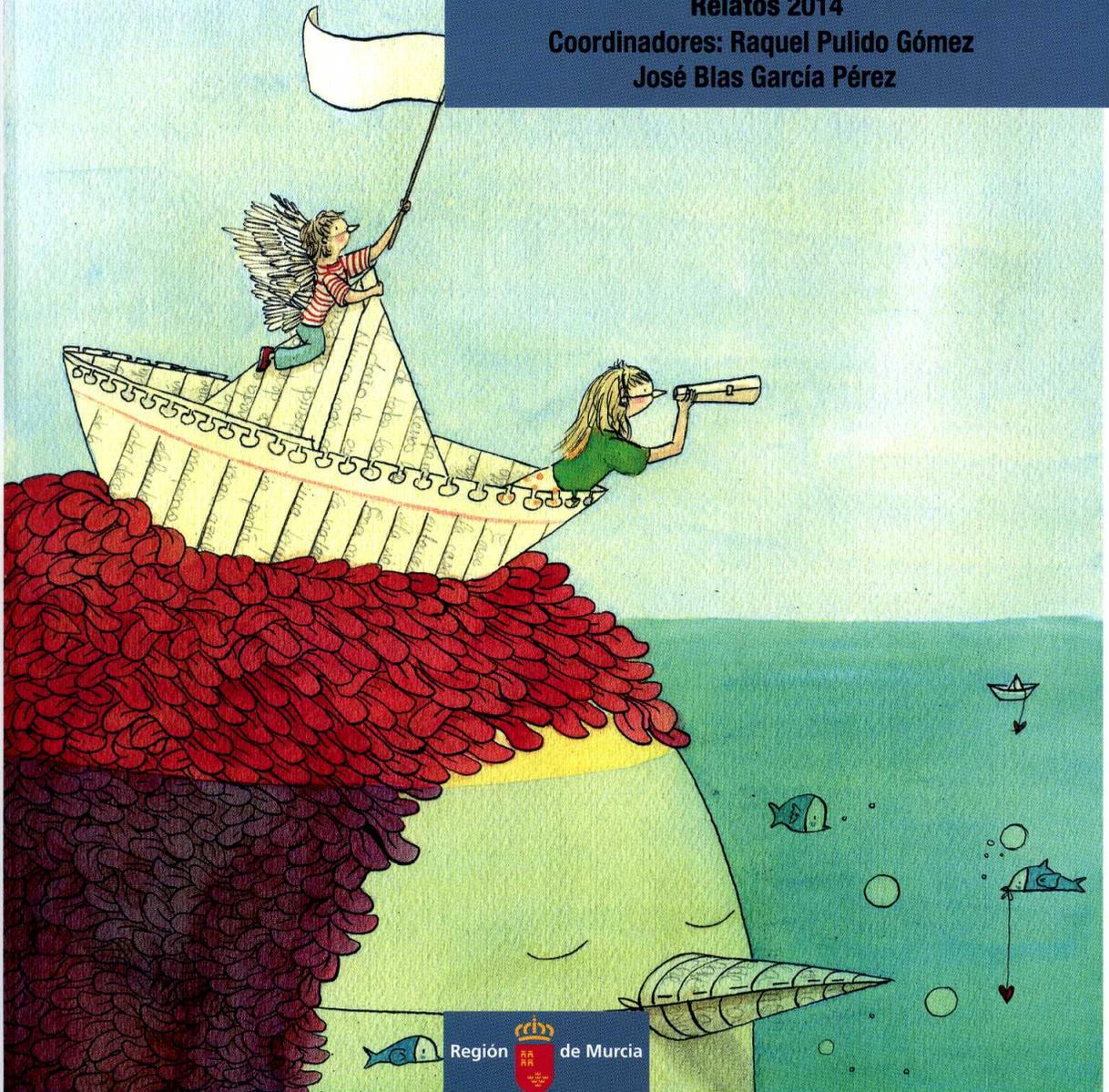


VII Certamen Nacional de Relatos
**En mi verso
soy libre**

Relatos 2014

**Coordinadores: Raquel Pulido Gómez
José Blas García Pérez**



Región



de Murcia

Raquel Pulido Gómez. Es maestra y licenciada en Dirección Escénica y Dramaturgia. Como escritora, ha publicado obras de narrativa, teatro y poesía. Ha obtenido premios y menciones en diferentes certámenes a nivel nacional e internacional. Algunos de sus textos teatrales se han estrenado en España y Estados Unidos. Como docente, siempre ha estado vinculada a proyectos de animación a la lectoescritura. En la actualidad forma parte del Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia. Es miembro del Comité Organizador del Certamen Nacional de Relatos "En mi verso soy libre" desde su creación y ha presidido el jurado en sus siete ediciones.

José Blas García Pérez. Es maestro, psicopedagogo y máster en educación audiovisual. En la actualidad es maestro-tutor en el aula de oncología infantil del Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca, de Murcia, y profesor asociado al Departamento de Organización Escolar en la Facultad de Educación de la Universidad de Murcia. Siempre preocupado por la inclusión del alumnado, ha trabajado en campos de educación intercultural, atención al alumnado extranjero y formación de profesorado, como especialista en enseñanza de español como segunda lengua. En la actualidad participa en diversos proyectos de investigación dentro del grupo EDUIN de la Universidad de Murcia. La innovación y el aprendizaje es su constante profesional. Forma parte del comité organizador del VII Certamen Nacional de Relatos "En mi verso soy libre" que desarrolla el Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria (EAEHD) de la Región de Murcia.

VII CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2014

VII CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2014

Coordinadores:

Raquel Pulido Gómez

José Blas García Pérez



Región de Murcia
Consejería de Educación, Cultura y Universidades



Región de Murcia

Consejería de Educación, Cultura y Universidades

El libro y el audio libro que le acompaña son el resultado de la selección de relatos del VII Certamen Nacional de Relatos "En mi verso soy libre" - 2014, organizado por:

©EAEHD Equipo de Atención Educativa
Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Dirección General de Calidad Educativa, Innovación y Atención a la Diversidad.
Consejería de Educación, Cultura y Universidades.

Comité Organizador del Certamen Nacional de Relatos En mi verso soy libre:

- Dirección del proyecto *En mi verso soy libre*: Ana María Ferrer Mendoza
- Secretaría del Certamen: Pilar Carrasco Lluch.
- Presidencia del jurado: Raquel Pulido Gómez.
- Coordinación de grabación, maquetación e ilustración: José Blas García Pérez.
- Coordinación Docente: Juana María Sánchez García.
- Coordinación Institucional: Mariano López Oliver.

En mi verso soy libre. Relatos 2014.

Coordinadores: Raquel Pulido Gómez y José Blas García Pérez.

Edita:

© Región de Murcia.
Consejería de Educación, Cultura y Universidades.
Secretaría General. Servicio de Publicaciones y Estadística.
www.educarm.es/publicaciones
© Del prólogo: Marisa López Soria.
© De los textos: Los autores.
© De las ilustraciones:
De la cubierta: María Moya Sánchez.
Del interior: los autores (ver índice)

Creative Commons License Deed



La obra está bajo una licencia Creative Commons License Deed.

Reconocimiento-No comercial 3.0. España. Se permite la libertad de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las condiciones de reconocimiento de autores, no usándola con fines comerciales. Al reutilizarla o distribuirla han de quedar bien claros los términos de esta licencia.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor. Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

1ª Edición. Abril 2014

ISBN: 978-84-697-0139-3

Depósito Legal: MU-532-2014

Escucha mi cuento. Audio libro de los relatos seleccionados en el VII Certamen Nacional de Relatos "En mi verso soy libre"- Relatos 2014.

Coordinadores: Ana María Ferrer Mendoza
Juana María Sánchez García

Edita:

© Región de Murcia.
Consejería de Educación, Cultura y Universidades.
Secretaría General. Servicio de Publicaciones y Estadística.
www.educarm.es/publicaciones
© De los textos: Los autores.
© De la ilustración de la carátula: María Moya Sánchez.
© Grabación, edición de audio y música cabecera: Jesús Mondéjar.

ISBN: 978-84-697-0140-9

Depósito Legal: MU-541-2014

VOLUMEN 1

1. El suceso extraordinario que acaeció en Villa-Simplona. Pablo Sánchez Gómez
Narración: Antonio Olmos "Cuentacuentos"
2. Los colmillos mágicos. Jairo Gómez Martínez
Narración: Yayo Delgado
3. El viaje del videojuego. Jesús García Mulero
Narración: José Blas García Pérez
4. El viaje a África. Lucas Anselmo Palomar Dinu
Narración: Aten Soria
5. Mi viaje a Ucrania. M^a Victoria Barbushok
Narración: Laura Cerdán Sandoval
6. El tiburón mágico. Carla Ávila Espinosa
Narración: Candela Puche
7. El pirata Patapolloasado. Jairo Díaz Moreno
Narración: José Blas García Pérez
8. Viajando por los sueños. Carmen Muñoz Ruiz
Narración: Vega Cerezo
9. Mis viajes al quírofono. Eva Lucía Almela Gutiérrez
Narración: Ana Carmona Álvarez
10. Un viaje solidario. Irene Martín Fraile
Narración: Pilar Carrasco Lluch
11. El hospital a la maleta. Laura Martínez Rodríguez
Narración: Aurora Gil Bohórquez
12. Viaje a Grecia. Ángel Villahermosa Ruiz
Narración: Ginés Campillo
13. Viaje por África. Felicidad del Amor Valera
Narración: Enrique Vicente Gómez Cano
14. La reina secuestrada. Emilio José Candel Baidez
Narración: Engracia Robles
15. El viaje de Gotín, una pequeña gota de agua. David Martínez García
Narración: José Javier Aranda Lorca
16. Okami. Clara Kassandra González Ortiz de Zárate
Narración: Rosa María Álvarez Álvarez (Categoría C)

VOLUMEN 2

1. Viaje al Barroco. Juan Pagán Martínez
Narración: Julián Vigaras
2. El viaje de Rosa. Paula Jo Gallego
Narración: María José Moreno
3. El viaje de la vida. María Porras Alcón
Narración: Lary León
4. El sueño de Eduardo. Ángeles Ramírez del Valle
Narración: Carmen María Conesa
5. Memorias de un viaje especial. Teresa Pérez Piqueras
Narración: Dámaris Ojeda
6. Un dulce viaje por la rue de l'amour. Elena Miñambres García
Narración: Juan Ángel Fernández Hernández.

Índice

Prólogo 13

CATEGORÍA A

El suceso extraordinario que acaeció en Villa-Simplona 21

Pablo Sánchez Gómez.

Ilustración: Laura Cerdán Sandoval.

Narración: Antonio Olmos “Cuentacuentos”.

Los colmillos mágicos 25

Jairo Gómez Martínez.

Ilustración: Alessandro Aprile.

Narración: Yayo Delgado.

El viaje del videojuego 29

Jesús García Mulero.

Ilustración: Guillermo García Martínez y Ricardo García Martínez.

Narración: José Blas García Pérez.

El viaje a África 33

Lucas Anselmo Palomar Dinu.

Ilustración: Franco de Sena Osete Cerdán.

Narración: Aten Soria.

Mi viaje a Ucrania 37

M^a Victoria Barbushok.

Ilustración: José Ventura Galván Cabrera.

Narración: Laura Cerdán Sandoval.

El tiburón mágico..... 41

Carla Ávila Espinosa.

Ilustración: Marta Ángel Ruiz.

Narración: Candela Puche.

El pirata Patapolloasado 45

Jairo Díaz Moreno.

Ilustración: Álvaro Peña.

Narración: José Blas García Pérez.

CATEGORÍA B

Viajando por los sueños 51

Carmen Muñoz Ruiz.

Ilustración: Teresa Navarro.

Narración: Vega Cerezo.

Mi viaje virtual a Nueva Orleans..... 55

Irene Ducajú Mayans.

Ilustración: Pepe Marco.

Narración: José Alberto Moreno Antequera.

Mis viajes al quirófano..... 65

Eva Lucía Almela Gutiérrez.

Ilustración: Elena Sol.

Narración: Ana Carmona Álvarez.

Un viaje solidario 71

Irene Martín Fraile.

Ilustración: Juan Francisco Martínez Martínez.

Narración: Pilar Carrasco Lluch.

El hospital a la maleta..... 77

Laura Martínez Rodríguez.

Ilustración: Julián U. Muñoz Moreno.

Narración: Aurora Gil Bohórquez.

Viaje a Grecia.....	85
Ángel Villahermosa Ruiz.	
Ilustración: Nany Salcedo.	
Narración: Ginés Campillo.	
Viaje por África.....	91
Felicidad del Amor Valera.	
Ilustración: Laura Cerdán Sandoval.	
Narración: Enrique Vicente Gómez Cano.	
La reina secuestrada	97
Emilio José Candel Baidez.	
Ilustración: Sebastián Rey Aristimuño.	
Narración: Engracia Robles.	
El viaje de Gotín, una pequeña gota de agua	101
David Martínez García.	
Ilustración: Vicent Vidal.	
Narración: José Javier Aranda Lorca.	

CATEGORÍA C

Viaje al Barroco	107
Juan Pagán Martínez.	
Ilustración: Paco Riquelme.	
Narración: Julián Vigaras.	
El viaje de Rosa.....	119
Paula Jo Gallego.	
Ilustración: Javier Lorente.	
Narración: María José Moreno.	
El viaje de la vida.....	129
María Porras Alcón.	
Ilustración: M ^a Teresa Porras.	
Narración: Lary León.	

El sueño de Eduardo.....	139
Ángeles Ramírez del Valle.	
Ilustración: M ^a Dolores López Martínez y David López Ruiz.	
Narración: Carmen María Conesa.	
Memorias de un viaje especial.....	149
Teresa Pérez Piqueras.	
Ilustración: Carmen Osete.	
Narración: Dámaris Ojeda.	
Okami	161
Clara Kassandra González Ortiz de Zárate.	
Ilustración: Diana Bodalo.	
Narración: Rosa María Álvarez Álvarez.	
¡Brad! Mi viaje perfecto.....	169
Helen Mishel Tipanluisa Guerrero.	
Ilustración: Juan Pedro Esteban.	
Narración: Chelo Cánovas.	
Un dulce viaje por la rue de l’amour	177
Elena Miñambres García	
Ilustración: Miguel Alemán.	
Narración: Juan Ángel Fernández Hernández.	
Aulas Hospitalarias participantes en el VII Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre”. Edición 2014.....	185
Agradecimientos	187



Prólogo

Hace unos pocos años, un biólogo marino descubrió que la *Pantala flavescens*, una discreta libélula, es el insecto que realiza el viaje más largo, doblando la distancia enorme que recorren las mariposas monarca en América del Norte. Este insecto viaja a mar abierto, desde la India, a través de las Maldivas, hasta África. La ruta y las fechas coinciden con los vientos que acompañan a la zona de convergencia intertropical, lo que sugiere que las libélulas se sirven de esos vientos para realizar este viaje de ida y vuelta de más de quince mil kilómetros.

Un viaje sorprendente, más que vital, en donde va la vida.

Este año el certamen de “En mi verso soy libre” ha versado sobre el viaje. Curiosa propuesta, se diría, para niños trabados a la cama de un hospital.

Pero es que aquel que se detenga a pensar, incluso sin conocer la filosofía de Deleuze, sabe de las ventajas de viajar sin moverse.

Cierto que conocemos historias de porfiados viajeros y que nadie pondría en duda las excelencias de alcanzar Ítaca, si bien el influjo de viajar al modo de Herodoto, Andersen, Mary Shelley, Daniel Defoe, Marco Polo o Goytisolo resulte incomparable, ¿que me dicen de viajar sin moverse?

Asegura Deleuze, el filósofo, que casi todas las vidas atraviesan etapas vacías en donde, sin embargo, de un modo u otro tiene lugar el movimiento, (aunque la cuestión estriba en cómo moverse y perforar el muro para dejar de golpear la cabeza contra él). Intuyo que sus palabras envuelven la idea de centrarse en cómo echar a volar la imaginación rompiendo las leyes de la física y las cuatro paredes de la habitación de un hospital. O como dijo aquel, *si quieres viajar hacia las estrellas, no busques compañía*.

A nuestros pequeños escritores desde luego que la propuesta de escribir sobre el viaje no les extrañó en lo más mínimo, más bien les complació. Eso que tal vez desconocían que un gran número de literatos escribieron sentidas páginas recreándose en viajar sin moverse jamás de su casa. E incluso puede que desconocieran que otros muchos, como la francesa Colette, no solo despotricaba descaradamente de esa actividad, sino que zahería a sus practicantes: "Los viajes sólo son necesarios para las imaginaciones menguadas". O el inglés Hazlitt que la tuvo por prioridad muy secundaria: *"Me gustaría emplear toda mi vida en viajar, si alguien me pudiera prestar una segunda vida para pasarla en casa"*.

Nadie sabe con certeza qué impele al hombre a recorrer el mundo a través de los tiempos, si el interés por entenderlo, entenderse y contarlo, si la curiosidad, o es el anhelo de aventura y la búsqueda insaciable de asombro, ya que sin esa capacidad el corazón del hombre está vacío o muerto.

Cierto que en nuestra época, del placentero dinamismo del viaje hemos hecho bandera sin fundamento y, popularizado el traslado masivo, se da el triste caso de que los que viajamos no viajamos, sino que consumimos lugares, malgastamos museos y monumentos, y di-

sipamos el tiempo en un acto de ida y vuelta del que al cabo solo nos quedan unas fotos y unas figuritas en la idea de avivar sensaciones para el después del recuerdo.

Y viajar es más que moverse.

Los chicos de “En mi verso soy libre” lo han demostrado larga y generosamente, tanto los premiados que a continuación vais a leer, como los que lo intentaron y no fueron galardonados por cuestiones meramente técnicas y de orden.

Todos los concursantes, nuestros pequeños escritores de cuentos, han viajado por las páginas que aquí se cuentan, cada cual a su manera y sin moverse, haciendo del inhospitalario lugar un refugio de sueños, cálido y animoso, al modo de la escritora Gorge Sand: *“Mis viajes más bellos, los más dulces, los he hecho al calor del hogar, con los pies en la ceniza caliente y los codos reposando en los brazos desgastados del sillón de mi abuela [...]. ¿Por qué viajar si no se está obligado a ello? [...]. Es que no se trata tanto de viajar como de partir; ¿quién de nosotros no tiene algún dolor que distraer o algún yugo que sacudir?”*

Y porque se me dio el encargo de hacer esta pequeña introducción a lo importante, solo por si os interesa, ahora os diré lo que yo opino de los viajes, que a la sazón, mira tú, es lo mismo que opina mi maestro el poeta Fernando Pessoa:

Los viajes son los viajeros. Lo que vemos no es lo que vemos, sino lo que somos.

Enhorabuena, chicos.

Que seáis en todo tiempo y lugar felices viajeros.

En Murcia, a 24 de Febrero de 2014 se reúne el jurado del VII Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre”, formado por:

Presidenta: Dña. Raquel Pulido Gómez
Secretaria: Dña. Pilar Carrasco Lluch
Vocales: Dña. Aurora Gil Bohórquez
Don Lorenzo Hernández Pallarés
Dña. Lary León Molina
D. José E. Linares Garriga
D. Mariano López Oliver
Dña. Marisa López Soria
Dña. Concha Martínez Miralles

Los miembros del jurado, una vez leídos los 107 relatos recibidos, deciden por unanimidad otorgar los siguientes premios:

Premio en la Categoría A (de 6 a 9 años):

Al relato “El suceso extraordinario que acaeció en Villa-Simplona” de Pablo Sánchez Gómez, alumno del Aula Hospitalaria del Hospital Universitario Fundación Alcorcón.

Premio en la Categoría B (de 10 a 13 años):

Al relato “Viajando por los sueños” de Carmen Muñoz Ruiz, alumna del Equipo de atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia. Hospital General Universitario Reina Sofía.

Premio en la Categoría C (de 14 a 17 años):

Al relato “Viaje al Barroco”, de Juan Pagán Martínez, alumno del Equipo de atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia. Hospital General Universitario Morales Meseguer.

CATEGORÍA A

(de 6 a 9 años)

GANADOR CATEGORÍA A

El suceso extraordinario que acaeció en Villa-Simplona

Pablo Sánchez Gómez

Aula Hospitalaria del H. U. Fundación Alcorcón

Hola, soy Tomás, un niño de nueve años algo flaco y un poco de-sastroso, soy muy aventurero. Os voy a contar lo que acaeció en uno de mis fantásticos viajes.

La historia empieza cuando viajé a Villa-Simplona, un pueblo muy bonito situado cerca de la falda de una montaña. Allí sus habitantes eran un poco extraños. Todos corrían temerosos por las calles del pueblo. Daba la sensación de que se estaba liando una buena. Vi a un niño más o menos de mi edad y me acerqué a él para preguntarle qué sucedía con todos los habitantes del pueblo. Él me contó que aquella mañana había pasado una cosa extraordinaria, las letras de los diccionarios de los niños se habían escapado y no había forma de pararlas.

Los adultos intentaron acabar con aquel desastre pero cada vez había más y más letras apoderándose del pueblo. En aquel momento, aparecieron los números de la nada e intentaron luchar contra las líderes, que eran las vocales. La “M” atrapaba al “100” metiendo sus piernas en los ceros, la “L” intentó lo mismo con el “10”, la “V” caía

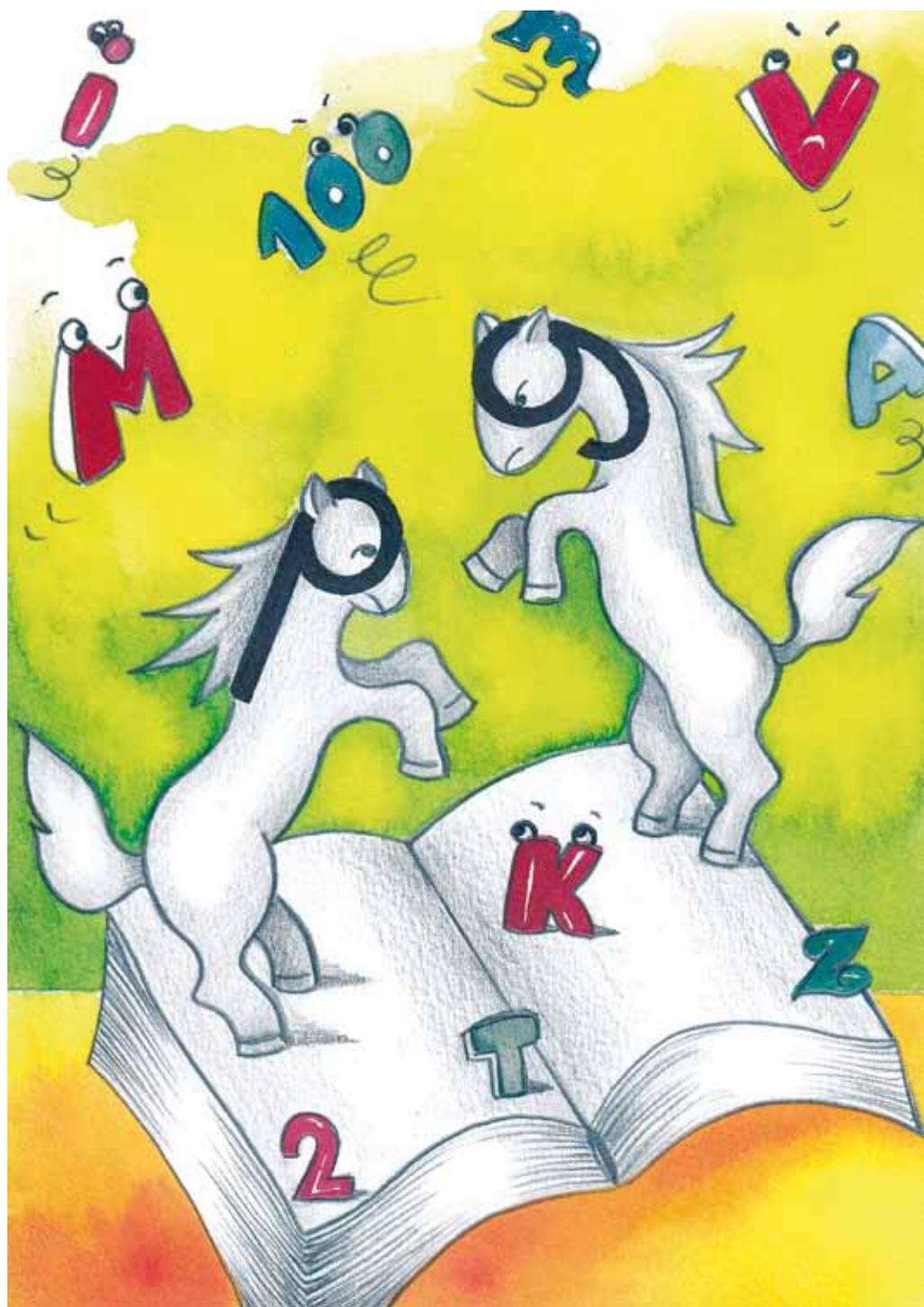
en picado contra los números. Al final el "0", haciéndose una bola, derribó a dieciséis letras.

De pronto apareció el "9" embistiendo como un caballo y derribó a siete letras. La batalla estaba muy empatada hasta que la "P" y el "9", imitando a los caballos, se chocaron y se creó una explosión.

Dos vocales sobrevivieron junto con el "6" y el "3", que también lo habían soportado y pudieron seguir la batalla. Al final, las vocales se desplomaron agotadas y los números salieron victoriosos.

El niño me dijo entonces que le ayudara a coger las letras que estaban perdidas para meterlas en el diccionario del que se habían escapado, guardarlas en la "C" de cárcel y que así no pudieran escaparse nunca más.

Cuando por fin encerramos todas las letras en su lugar, en el pueblo se celebró una gran fiesta en la que hubo grandes manjares, música, baile y mucha diversión. Y por supuesto a mí me invitaron por haberles ayudado como si fuese un habitante más de aquel pueblo.



Los colmillos mágicos

Jairo Gómez Martínez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Santa Lucía

Pedro y sus padres se fueron a Tailandia. Allí hacía mucho calor y decidieron ir a una isla llamada Thong Sai. En la isla había una gran selva donde había muchos animales como monos, serpientes, insectos... pero lo que más le gustó al niño fueron los elefantes. Ese día Pedro y sus padres conocieron a un mahout. Un mahout comienza cuando es un niño. Se le asigna un elefante al principio de su vida y serán inseparables para siempre.

El mahout se llamaba Mr. Big y, aunque por el nombre parecía ser un señor, tan sólo tenía quince años. Pedro le observaba y se dio cuenta de que siempre montaba el mismo elefante. Se acercó a preguntarle si se podía montar con sus padres en un elefante y Mr. Big respondió:

—¡Si queréis podéis montar en mi elefante que es muy simpático y agradable! Podría enseñaros la selva gratis.

Entonces, Pedro y sus padres subieron al elefante y se adentraron en la espesa selva.

Cuando ya llevaban un buen rato, Mr. Big se dio cuenta de que es-

taba perdido y no conocía esa parte de la selva. Estaba oscureciendo. Mr. Big decidió pedir ayuda con su móvil y llamó a su familia. Su padre le dijo:

—Tened cuidado porque hay una manada de tigres salvajes muy peligrosos merodeando por la selva.

De pronto el móvil se apagó. Empezaron a oír rugidos de tigre cerca de ellos. Pedro y sus padres se pusieron muy nerviosos pero Mr. Big les dijo:

—¡Tranquilos, tengo la solución!

Entonces el mahout sacó un cuerno de oro de una bolsa que tenía debajo del asiento y se lo enfundó al elefante en los colmillos.

Pedro gritó:

—¿Qué pasa, qué pasa? ¿Qué es eso?

El elefante de pronto empezó a brillar cuando los tigres ya los habían rodeado. De pronto todo quedó en silencio y los tigres atacaron pero por los colmillos del elefante salieron unos rayos de luz que envolvieron a los tigres en una bola gigante de colores y los lanzó hacia otra isla muy lejos de allí.

Pedro y sus padres no podían creer lo que había pasado cuando de pronto el elefante empezó a correr a gran velocidad y llegaron al poblado sin darse cuenta. ¡Se habían quedado sin palabras para explicar lo que habían visto!

Pedro les pidió a sus padres vivir allí para siempre y sus padres accedieron. Pedro se puso loco de contento y empezó una vida llena de aventuras en Tailandia.



El viaje del videojuego

Jesús García Mulero

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca.

Había una vez un niño que tenía los ojos morados, el pelo corto y rubio y crecía muy rápido.

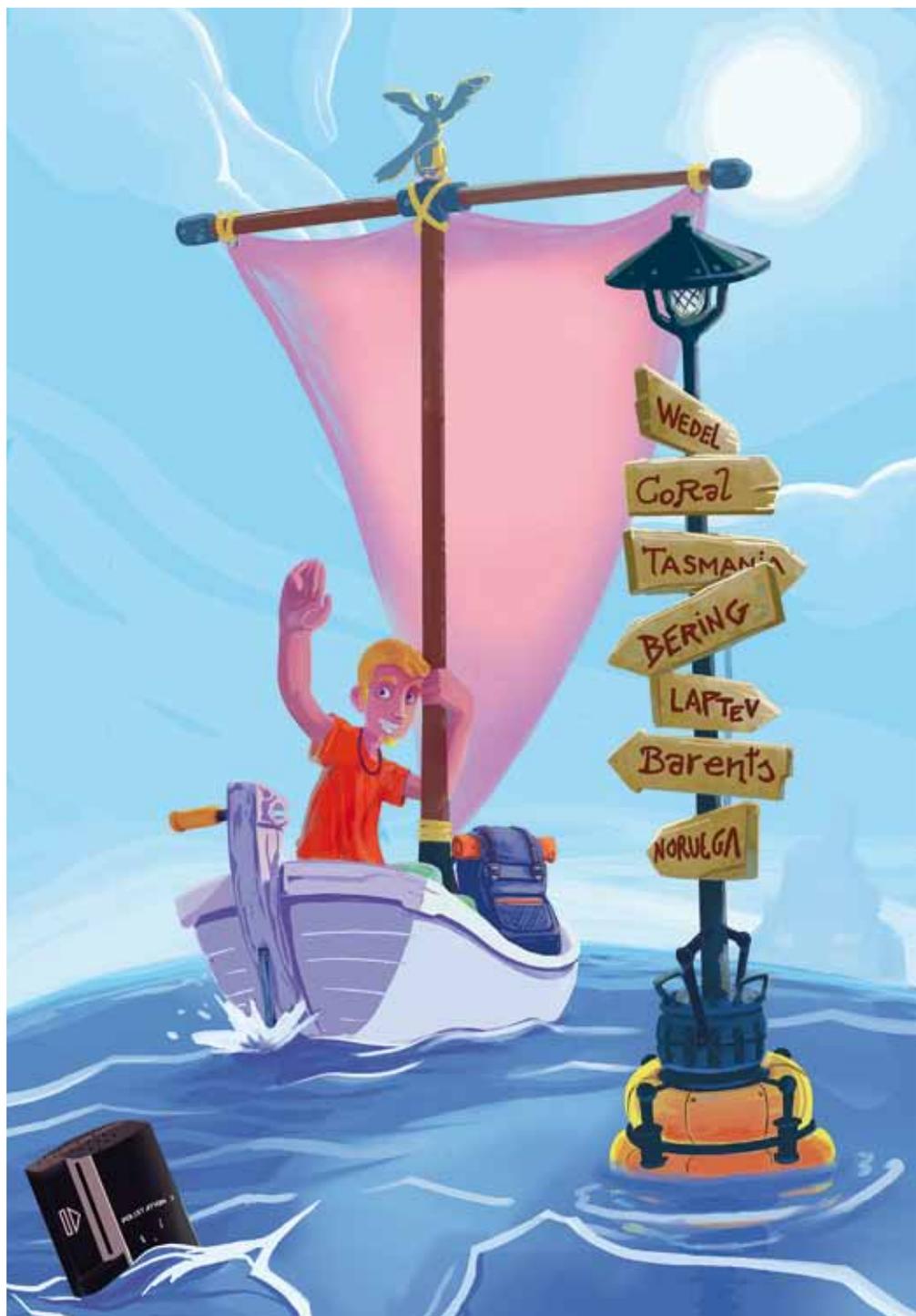
Un día decidió que quería dar la vuelta a los siete mares. Cuando cumplió siete años se lo dijo a su mamá y ella le dijo que no. Se deprimió mucho y se fue a su habitación.

Esperó hasta los dieciocho años. Entonces decidió realizar el viaje. Cogió siete bañadores (pues eran siete mares), protector solar, chaquetón, zapatillas y un pijama.

Antes de embarcar se compró la PS3+FIJA14 y jugó un poquito pero enseguida lo dejó, pues el paisaje era chulísimo.

Se dirigió hacia el mar de Weddell, cerca de la Antártida. Después fue hacia el mar de Tasmania, en Australia. Siguió hacia el mar del Coral, cerca de Indonesia. Surcó el mar de Bering y el mar de Laptev y no se olvidó del mar de Barents. Finalizó en el mar de Noruega.

Viajando por los siete mares, el niño olvidó que tenía la PS3+FIJA14.



El viaje a África

Lucas Anselmo Palomar Dinu

C.P.E.E. Hospital General Universitario Gregorio Marañón

Había una vez, en un lugar bastante alejado del mundo, un chico llamado Juan que no tenía padres.

Juan era muy aventurero y, a sus ocho años, su mayor ilusión era viajar a África, pero no tenía dinero para comprar el billete de avión que lo llevaría hasta allí. Como era muy resuelto, no se desanimó y se puso a ayudar mucho a los demás haciendo tareas para que a cambio le dieran unas monedas.

Cada día trabajaba, trabajaba y trabajaba después del cole con la ilusión de realizar su sueño. Pero no siempre le pagaban bien. Algunas veces solo le daban un euro al día. Juan, en vez de abandonar, trabajó tres veces más duro y eso hizo que todos se dieran cuenta que únicamente podría realizar el viaje si ellos también eran generosos con él. ¡Hasta le recompensaron con 4.700 euros! Al ver tanto dinero junto, Juan sonrió y se fue al aeropuerto. Se subió al avión y empezó a pensar en mil aventuras.

Cuando llegó a su destino, cumplió su sueño. Vio al león blanco, al león común, al leopardo y a la jirafa. Estaba feliz.

Al finalizar su aventura, regresó a su casa y todos los días, debajo de un árbol, contaba a todos lo que había hecho en su largo viaje y qué animales extraños había tenido la oportunidad de tocar.



Mi viaje a Ucrania

M^a Victoria Barbushok

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Un día viajé a Ucrania y fue muy divertido. El viaje empezó así:

Mi madre, mi padre y yo hicimos las maletas. Tardamos casi tres días porque teníamos dos maletas grandísimas y mi maletita.

Pasaron unos días y mi madre me dijo:

—Viga, es la hora de viajar a Ucrania a ver a los abuelos.

Antes de irnos al aeropuerto nos despedimos de todos los vecinos y amigos. Para mí era un poco triste dejar a mi padre y a mi hámster Ana, al que cariñosamente llamo Añuta.

Despedirme de mi padre fue lo que menos me gustó, pues solo viajábamos mi madre y yo.

Nos montamos en el coche y nos fuimos a Valencia, donde estaba el aeropuerto, que era grandísimo. Con nosotras fueron otras dos señoras amigas de mis papás. Al llegar al aeropuerto entregamos las maletas en un mostrador.

El avión también era grande. En él iba mucha gente. El viaje fue larguísimo. Cuando aterrizó, había un taxi esperándonos para llevarnos a casa de mis abuelos.

Mi abuelo conocía al taxista y no le acompañó para recogerlos porque sabía que éramos muchas en el taxi. Este viaje también fue muy largo, pero al fin llegamos a casa de mis abuelos, dejando antes a las dos señoras en su casa. ¡Mis abuelos estaban muy contentos, pero que muy contentos!

Y se me ha olvidado contaros que, cuando el avión aterrizó, todo el mundo empezó a aplaudir porque el viaje había sido muy bueno.



El tiburón mágico

Carla Ávila Espinosa

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Érase una vez un barco en el que había una chica llamada Manolita. Estaba navegando por el mar cuando se encontró con un tiburón:

—¡Ay! ¡Un tiburón! Pero.... ¡si es verde! -dijo extrañada la niña.

El tiburón le dijo:

—No te asustes, niña. Soy mágico, por eso soy verde. ¡Qué suerte tienes! Puedes pedirme lo que quieras, o sea, un deseo.

Entonces Manolita empezó a pensar y se le ocurrió esta idea:

—¡Ay! ¿De verdad? ¿Podrías darme un barco grande y nuevo para navegar por todos los mares del mundo?

—¡Sí! Eso está hecho.

De pronto apareció un barco muy grande, de color gris metálico (pues era de acero inoxidable) y con cuatro grandes patas parecidas a las del un pulpo. Además tenía ventanas llamadas ojos de buey que eran preciosas.

Con este barco Manolita realizó tantos viajes como había soñado, pero ya os los contaremos otro día. Ahora: ¡Estad atentos! Si veis un tiburón verde en el mar... ¡es mágico! Y podréis pedirle un deseo.

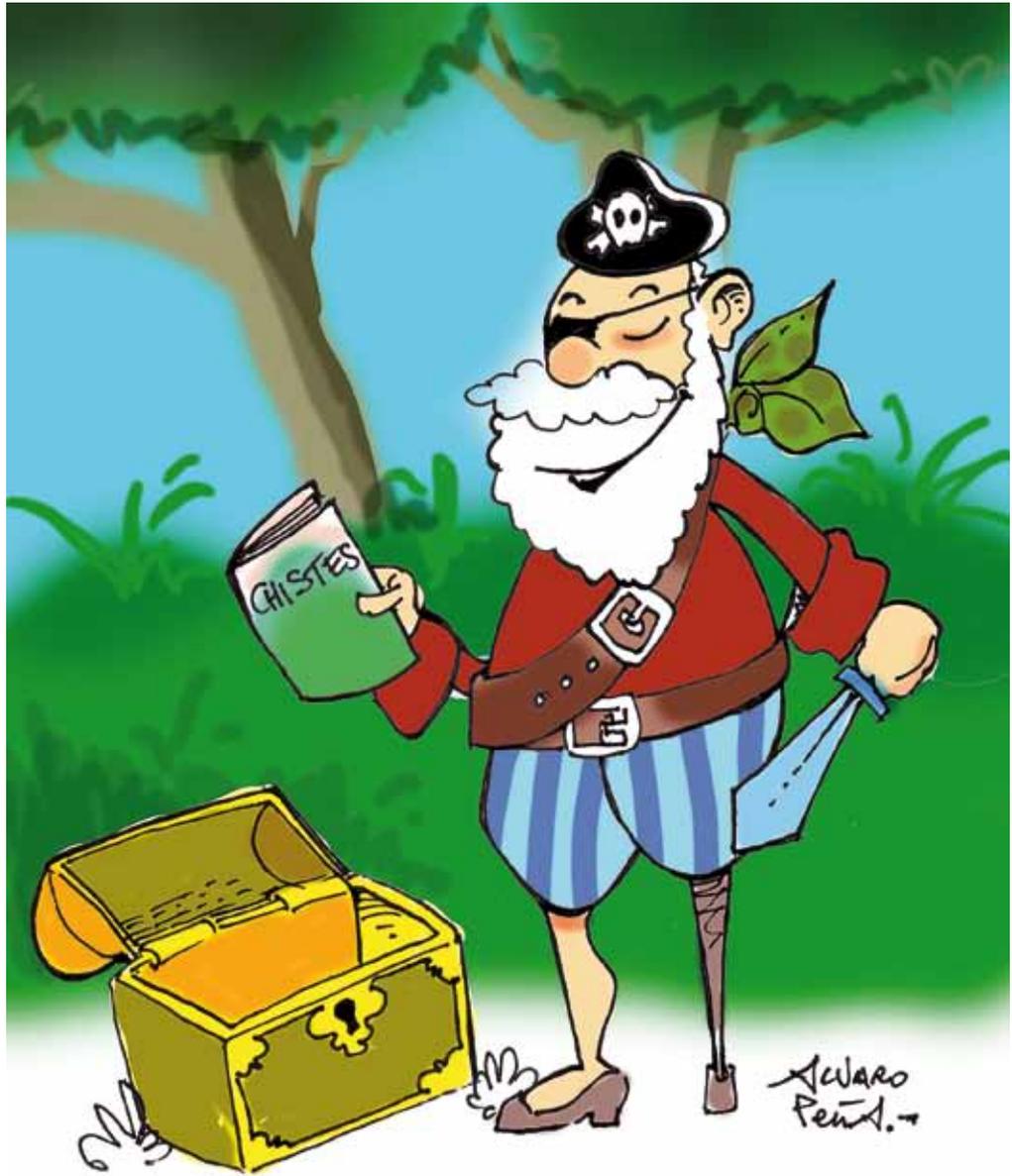


El pirata Patapolloasado

Jairo Díaz Moreno

Aula Hospitalaria del H. U. Fundación Alcorcón

Érase una vez un campesino al que raptaron y obligaron a ser pirata. Como solo tenía una pierna, se puso una pata de pollo asado y le llamaron pirata Patapolloasado y le nombraron cocinero oficial. Los piratas viajaron en su barco a una ciudad llamada Jachumoco. Cuando se rompieron las velas tuvieron que ir con remos. Patapolloasado se quitó la pata de pollo asado y se puso a remar con ella. Cuando arreglaron las velas ya habían pasado cinco meses y se había acabado la comida, así que tuvieron que comer tortas de serrín hasta que llegaron a Jachumoco. Arrasaron la ciudad y robaron el tesoro del moco loco. ¿A que no sabéis que era? Pues era... ¡un libro de chistes! Los piratas lo tiraron, pero Patapolloasado lo cogió y se quedó en la ciudad destruida. La construyó de nuevo y vivió feliz para siempre.



CATEGORÍA B

(de 10 a 13 años)

GANADOR CATEGORÍA B

Viajando por los sueños

Carmen Muñoz Ruiz

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Reina Sofía

Esta es la historia de Bea, una niña cuya única afición era soñar. Tenía el pelo alborotado, color caramelo, dos enormes ojos azules seguidos de una naricilla un poquito respingona y dulce, y una tempestad de pecas por toda la cara.

Bea tenía cuatro años y, aunque todo el mundo le decía que era pequeña, se sentía orgullosa de su edad. Nunca se adaptó muy bien al resto de compañeros del jardín de infancia, quienes se alejaban de ella porque siempre parecía estar en otro sitio.

A ella lo que le gustaba era utilizar su máquina de viajes. Sí, así era. Poseía una fabulosa máquina para viajar y siempre la ponía en marcha después de tomarse su vaso de leche con galletas por la noche. Cuando se metía en la cama, la máquina de Bea empezaba a ponerse en marcha...

La niña no comprendía muy bien cómo funcionaba aquel complejo instrumento. Ella solo sabía que, en el instante que lo usaba, podía volar por los aires en un precioso dragón, ser la reina de un imperio e incluso ver una hermosa puesta de sol desde la luna. ¡Había hecho tantas cosas en aquel mundo!

Según pasó el tiempo, Bea comenzó a preguntarse si otra gente podría disfrutar de aquel mundo mágico, ya que era maravilloso.

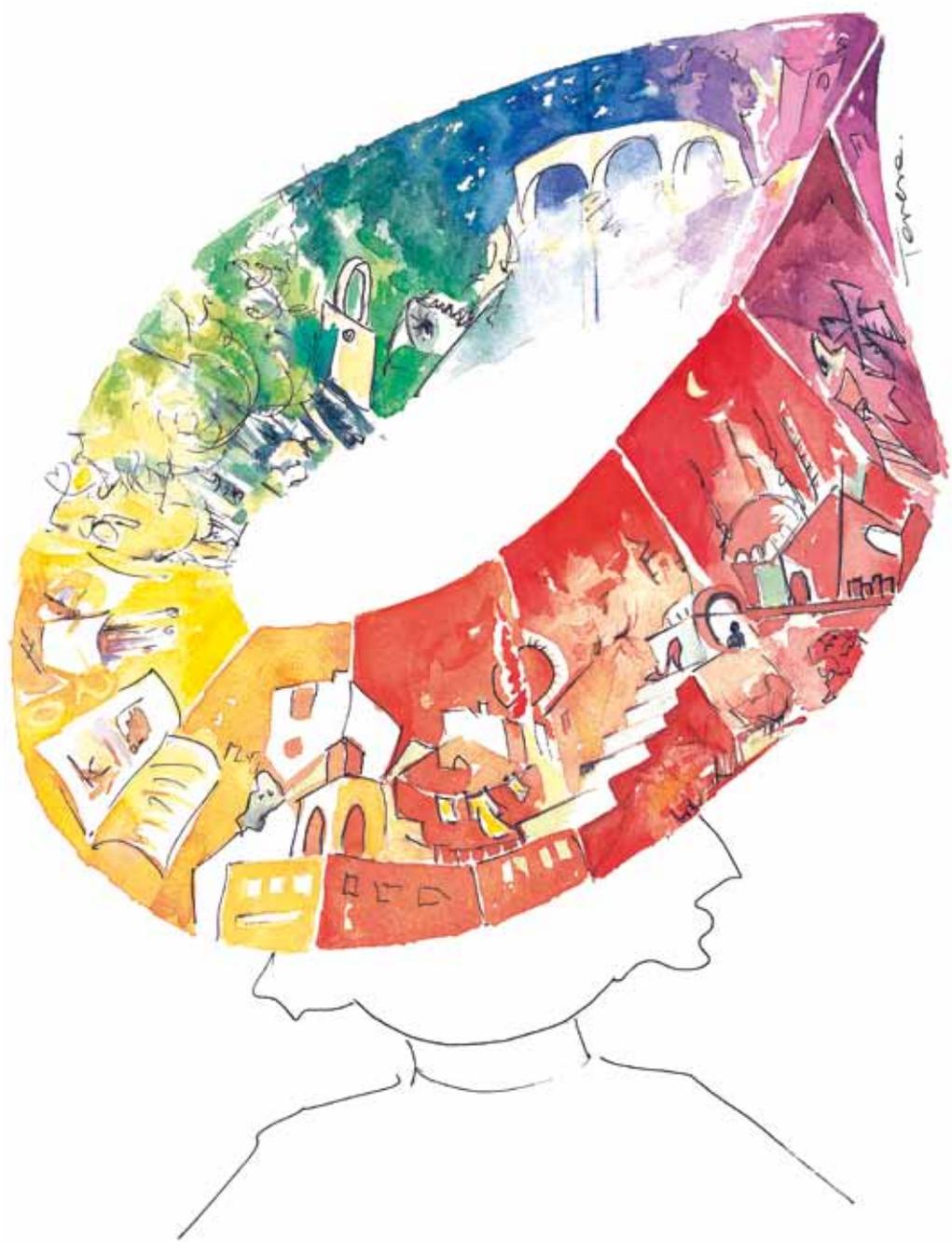
Un día le preguntó a su mamá sobre aquella máquina y aquel mundo asombroso lleno de viajes y emociones. Su madre le sonrió y le dijo:

—Bea, eso es tan sencillo como soñar.

Ella salió corriendo y se enfadó. ¿Cómo podía pensar que eso era tan simple, tan básico? Le frustraba ver que a su madre le pareciera algo tan sencillo lo que para ella era tan importante.

Pasaron los años y, cuando un día se acordó de aquella conversación, sonrió, comprendió a su madre y dijo:

—Tan sólo era soñar, pero cuánto bien me hizo, mamá...



Mi viaje virtual a Nueva Orleans

Irene Ducajú Mayans

C.P.E.E. Hospital General Universitario Gregorio Marañón

Era tarde cuando salí a la calle. Los últimos rayos de luz dibujaban finos hilos dorados que parecían pender de las nubes. El sol se ocultaba tras el frío y gris horizonte plagado de altos edificios que parecían acariciar las nubes que cubrían el cielo.

Una ráfaga de aire frío me golpeó la cara y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Me abroché la chaqueta hasta el cuello e intenté calentar mis manos frotándolas a la vez que las envolvía con un soplo cálido y húmedo.

Como siempre, llegué al trabajo cuarenta minutos antes para que todo estuviese perfecto antes de que Claudia, mi jefa, llegase.

Tenía una vida perfecta: una gran casa en el centro que quedaba apenas a media hora del trabajo y un buen puesto en la empresa más importante de la ciudad, que se dedicaba a la compra-venta de inmuebles. Y también tenía a Sara, mi novia, con la que convivía y con la que estaba a punto de prometerme.

Era el orgullo de la familia. Había estudiado lo que mi padre creyó correcto y trabajaba en la empresa en la que él había trabajado. Era

el centro de las conversaciones preferidas de mi madre, siempre hablando de lo lejos que llegaría y diciendo que era igual que mi padre, un triunfador.

A mí aquellas palabras no me convencían del todo y nunca esos halagos llegaron a agradarme.

Una vez hube actualizado las cuentas de mi sector sobre la una del mediodía, me dirigí a casa donde, como de costumbre, Sara me esperaba con la mesa puesta a la perfección.

Creo que mi vida se había convertido en una rutina. Día tras día, los mismos acontecimientos a las mismas horas, los mismos pensamientos y siempre con la intención de agradarle a los demás. Ni siquiera en casa era yo mismo.

Mi vida era una gran espera. Pasaba los días esperando a llegar a casa y, una vez allí, esperando a acostarme y sumergirme en un mundo de relajantes y sordos sueños.

Quizá por cambiar o por llevar la contraria a mi mundo (en el que las sorpresas no eran bien recibidas) decidí ir a comprarle a Sara un ramo de flores por el simple hecho de ver su reacción y darle una agradable sorpresa.

Después de comprar el ramo cogí el coche y fui hacia casa. Durante el trayecto mi móvil comenzó a sonar.

—¿Sara? —contesté.

En ese momento el móvil se me resbaló de las manos y lo cacé al vuelo.

De pronto un coche a más de 120 km/h colisionó contra mi vehículo. Noté un latigazo en la nuca y como mis huesos del cuello crujían

por el movimiento que había generado el impacto. Lo único que recuerdo de aquel momento es que no me podía mover.

Desperté en el hospital. El recuerdo de lo que había pensado antes de perder el conocimiento me estremeció. Me dio un vuelco el corazón y se me hizo un nudo en la garganta. Me armé de valor y decidí intentar mover la pierna derecha. No se movía, no respondía, estaba completamente inerte. Y no sólo la pierna, todo mi cuerpo menos las manos y la cabeza.

Me negaba a creerlo, intenté convencerme a mí mismo de que se moverían de nuevo como lo habían hecho siempre.

El doctor entró en la sala y, por mi cara de angustia, advirtió que ya me había percatado de mi inmovilidad, pero aún así procedió a explicarme. Me había quedado parapléjico.

Durante dos semanas vinieron a visitarme mi novia, mi familia y mis compañeros de trabajo. Todos y cada uno de ellos únicamente por pena. Al mes de estar allí vino a verme mi novia y me dijo que se ahogaba, que no podía mantenernos a los dos a flote, que ya tenía suficiente trabajo manteniéndose a sí misma. La entendí. Ni siquiera yo me soportaba a mí mismo. Mi madre ya no hablaba de mí como antes, ya no era su hijo perfecto, ya no era el triunfador. Evitaba hablar de mí y responder a preguntas sobre mi estado. Mi jefa vino a decirme que en la empresa sobraba gente, es decir: sobraba yo. A la semana siguiente me despidió. Mi aparente vida perfecta se había desmoronado.

Aquel mismo día trajeron a mi habitación a un muchacho que de joven había tenido un accidente y se había quedado parapléjico como yo. Al principio parecía tímido y vergonzoso, pero en un par de días nos hicimos amigos.

Su nombre era Tom Hunt y tenía aproximadamente treinta años.

—¿Tú tienes sueños? —preguntó Tom.

—Mi sueño siempre fue tener una gran casa en la ciudad y un buen trabajo y eso hace años que lo cumplí- dije poco interesado.

—¿Estás seguro de que esos eran realmente tus sueños? Quiero decir que parece más bien que eso es lo que la gente espera de ti, no lo que tu deseas —insistió Tom.

—Yo no tengo sueños. Eso es para niños y gente inmadura —alegué.

—Pues yo sí tengo sueños. Y no soy un niño ni soy inmaduro.

—¿Qué sueños puedes tener si no te puedes mover?

—¿Quién te ha dicho a ti que no te puedes mover? Puedes viajar, no con las piernas pero si con la mente y a cualquier lugar. Incluso a lugares que nunca llegarías caminando.

—La verdad, siempre he querido ir a Nueva Orleans. Desde niño ha sido mi sueño.

—Aunque parezca que no, los sueños siempre están ahí y nunca sabes cuándo te pueden hacer falta.

—Si no sueñas, ni viajas... ¿para qué vivir?

—Cierto, yo viajo a través de los libros, ten éste, puedes imaginarte que estás en Nueva Orleans.

Cogí el libro y comencé a leer.

Sonó el despertador, me desperté, me vestí y corrí rumbo al aeropuerto. Apenas había amanecido y una neblina blanca se cernía sobre los tejados de la ciudad.

Llegué al aeropuerto y en menos de veinte minutos ya estaba en el avión. Los rayos del sol teñían el cielo de naranja y las nubes de rosa.

En cuanto llegué a Nueva Orleans me dispuse a buscar mi hotel. Por el camino me perdí y acabé en una pequeña taberna situada en un estrecho callejón. Allí, una mujer sentada en la barra me indicó que tomase asiento. Me contó que el lugar donde me encontraba no era un lugar normal, pues tenía un hechizo.

—¿Y qué hace el hechizo?

—Vuelve a las personas como son en realidad. Una vez que entra el hechizo en ti, no hay vuelta atrás. Ten, bebe.

Cogí el vaso con una mezcla de curiosidad y temor y lo bebí.

Al instante ella sacó una muñeca vudú y me la tendió en la mano.

—Sentirás lo que la muñeca sienta y verás lo que ella vea. Tú manejarás tu vida. ¡No dejes que sea al revés!

—¿Para qué sirve la muñeca? Pregunté asombrado.

—Si alguna vez quieres deshacer el hechizo y dejar de ser tú mismo para volver a ser una absurda apariencia deberás poner tu sangre en su corazón —finalizó.

Justo cuando iba a comenzar a bombardear a la mujer a preguntas oí un estruendo a mi espalda. Al girarme de nuevo, en su lugar sólo había una nube de vapor que se deshacía en el ambiente.

Salí de la taberna y fui hacia donde creí que estaría mi hotel. De repente, un muchacho corriendo como el viento me dio un tirón y se llevó mis maletas. Apenas me dio tiempo a verlo y, cuando acepté todo lo que había pasado, me di cuenta de que la muñeca vudú había desaparecido con el resto de maletas y bolsas.

Me dirigí al hotel pensando que lo que llevaba en la maleta no tenía apenas importancia, sólo eran un montón de papeles del trabajo y ropa que parecía un uniforme, pues solo llevaba dos trajes (los dos negros e iguales) y dos corbatas, pero el hechizo era real. A mí no me importaba que se hubiesen perdido todas aquellas cosas que en realidad nunca me llegaron a gustar. Lo que tenía que recuperar era la muñeca, pues seguía queriendo deshacer el hechizo.

Corriendo, llegué hasta la comisaría, puse una denuncia y me dijeron que no era muy probable que recuperase mis cosas. Entonces decidí realizar la búsqueda por mí mismo.

Regresé a la taberna donde apenas tres horas antes había estado con la mujer misteriosa. La llamé y me adentré en la trastienda a buscarla. La encontré echando las cartas en una mesa redonda. Había un ambiente de penumbra y cierta neblina, pues la habitación estaba plagada de incienso.

—Ya estabas tardando —dijo sin apartar la vista de la mesa

—Me han robado la muñeca y... —comencé a relatar.

—Lo sé —me cortó— ¿Quieres recuperarla?

—Sí, eso mismo.

—La persona que la posee se encuentra en el Teatro Mayor.

—¿Cómo sabré quien la tiene?

—No lo sabrás, tendrás que ser tú mismo.

—Pero...

—Si no la encuentras antes de las doce de la noche, quedarás hechizado para siempre —concluyó.

En el Teatro Mayor hacían una obra llamada Blue Jazz. Yo siempre había sido un apasionado del jazz aunque nunca lo había reconocido, pues en mi familia el mundo de la música y de los artistas nunca había estado bien visto. Al llegar allí, comencé a hablar con una joven que estaba sentada a mi lado.

—¿Te gusta el jazz? —pregunté.

—Me encanta, ¿y a ti?

—Me apasiona. ¿Cómo te llamas?

—¿Acaso importa mi nombre, la edad, o la estatura?

—No pero... -dije confuso.

—Soy Dane —dijo riéndose— Encantada. ¿Y tú?

-Nicolás, pero puedes llamarme Niké.

—Qué raro que me dejes llamarte Niké.

—¿Por? Si apenas me conoces —pregunté extrañado.

—Más de lo que tú te crees —dijo juguetona y con una sonrisita en la boca— Ten, esto es tuyo.

Dane me tendió la muñeca y en su mano pude ver el mismo anillo que tenía la mujer de la taberna. Cuando levanté la vista hacia su rostro vi que ya no estaba aquel rostro joven, puro e inocente. En su lugar estaba el rostro inexpresivo de la mujer. En cuanto tuve la muñeca en las manos, supe que no la necesitaba.

—¿Tan malo te parece ser tú mismo? ¿Sigues queriendo deshacer el hechizo?

—No estoy seguro —dije mirando la muñeca. Cuando me volví a mirarla, ya había desaparecido.

Yo mismo necesitaba aquella apariencia de chico normal pero, sin embargo, siendo yo mismo podría tener todo lo que siempre había soñado. Podría estudiar música, ser miembro de un grupo de jazz... Ya no me pesaba la opinión del resto, sólo tenía en mente mis sueños.

A las doce de la noche me quedé sentado en una butaca observando la muñeca y vi como se deshacía en polvo, nunca en vida había sentido tanto alivio.

—¿Sabes qué, Tom? —dije tras cerrar el libro

—¿Qué?

—He viajado y cumplido mis sueños con este libro.

—En ese libro están tu historia, tus sueños y tus esperanzas —dijo Tom.

—Es extraño...

—¿El qué?

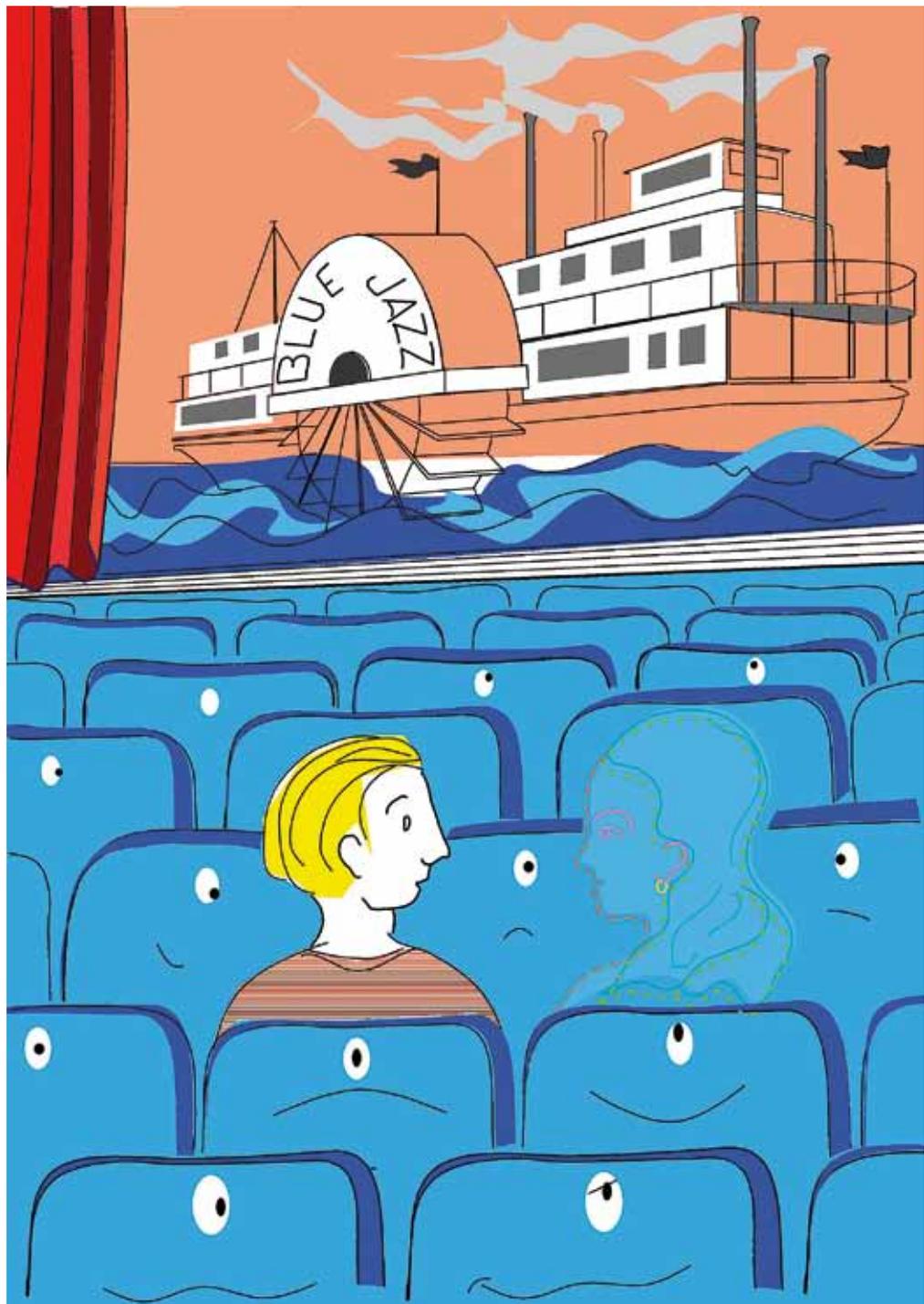
—Que me siento más libre atrapado en este cuerpo inmóvil que antes que estaba completamente libre para caminar por la calle.

—Pero... ¿realmente eras tú?

—No, era lo que querían y esperaban los demás de mí.

—Entonces estabas atrapado por las esperanzas y opiniones de los otros. Cumple tus sueños y no las expectativas que los demás pongan en ti.

Aquel día, ese libro y mi gran compañero y amigo me devolvieron las ganas de vivir y de luchar para cumplir mis sueños. Después de todo, nadie los puede cumplir por mí.



Mis viajes al quirófano

Eva Lucía Almela Gutiérrez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Quiero contar mis viajes al quirófano. La primera vez fue del ombligo. Cuando yo era pequeña, como era estreñida, apretaba tanto que una vez el ombligo se me salió para fuera. Con siete años me operaron. Tenía miedo, pero la noche antes de la operación vino un hada y cuando me levanté por la mañana apareció a mi lado “Sugar”, la prima de “Hellow Kitty”, con una carta que me hizo estar más tranquila. Me llevé a Sugar y me dio suerte. La operación salió bien y mi ombligo ya está hacia adentro.

Ahora tengo diez años, hace diez meses me diagnosticaron un sarcoma de Swing en mi fémur, por ello me han operado varias veces. Así que la segunda vez que fui a un quirófano fue para una biopsia, pues ya tenía la pierna mala. Como me ponía nerviosa cuando pensaba en ello, mi tita Cristina me enseñó a respirar para relajar mis músculos y así tranquilizarme. Lo puse en práctica y funcionó.

A los quince días de la biopsia, el fémur se me rompió y se me hinchó como si fuese un huevo de dinosaurio. Llegué al hospital con mis padres y entré tranquila pero, cuando me dijeron que tenían que ponerme el hueso recto estirándolo, me puse nerviosa, aunque inten-

té calmarme respirando como me habían enseñado. Me ingresaron porque me tenían que operar y ponerme un fijador externo. Mis titos Ana Belén y Ricardo me regalaron una muñeca de trapo a la que le puse por nombre "Lucía". Mi tita me dijo que Lucía iba a acompañarme en todas mis intervenciones, y me ayudaría a estar más tranquila. Así que a los dos días, por tercera vez, me intervinieron para ponerme el fijador. Tuve mucha suerte porque no solo me acompañó Lucía, sino que como mi tita es enfermera la dejaron estar conmigo en la operación. Al salir, a Lucía también le habían puesto un fijador externo como a mí, con sus cuatros tornillos como los míos. Ello me hizo sonreír y estar más tranquila.

La cuarta vez que entré a quirófano fue para ponerme un port-a-cath. Me lo pusieron para no tener que pincharme más en los brazos para ponerme la medicación. Mi muñeca Lucía también entró conmigo y a ella también le pusieron un port-a-cath como a mí.

En la siguiente intervención, me pusieron un catéter. Me lo pusieron en la UCI. Fue rápido, pero también pasé un poco de miedo, aunque esta vez la compañía de Carmen María y de mi mamá me tranquilizó mucho hasta que me quedé dormida. ¡Ah!, Carmen María es una auxiliar de enfermería del hospital de día que nos hace sentirnos muy bien y ver las cosas con otros ojos. Siempre me dice que ella tiene alas de ángel...

Por último, hace dos meses me operaron dos veces en un intervalo de dos semanas. La primera fue para quitarme el fijador externo y la segunda para que ya no se me rompiera más el fémur. Fue una operación larga porque me quitaron parte de mi fémur, que estaba dañado, para ponerme un hueso del banco de huesos. Al principio yo estaba muy asustada pero unos días antes de la intervención "los traumas"

me explicaron cómo iba a ser. Ello me tranquilizó, aunque el miedo no se fue del todo. El día de la operación definitiva, los traumatólogos que me habían tratado y la anestesista pasaron antes de la intervención a verme para tranquilizarme. Todos se han portado muy bien conmigo y han hecho que mi paso por estas últimas intervenciones haya sido más relajado.

¡Ah! Y os diré que mi muñeca Lucía ya no lleva nada, está como yo, sin vendas, solamente llevamos el port-a-cath.



Un viaje solidario

Irene Martín Fraile

Aula Hospitalaria del H.C.U. de Valladolid

Se acerca el verano. Este año nos vamos de campamento a Camerún (África) para ayudar a los niños y niñas africanos y hacerles pasar un verano genial. A la vez que nos divertimos, les enseñaremos algunas cosas, como por ejemplo a escribir sus nombres, lo que es un boli y un cuaderno... También queremos poner un grifo para que así tengan el agua cerca. Para todo ello contamos con la ayuda de los monitores.

Suena el despertador a las 6:45 de la mañana, ha llegado el día, estoy nerviosa. Mis amigos y yo hemos quedado en vernos a las 8:00 de la mañana en el aeropuerto, aunque nuestro vuelo sale a las 10:00. Mis padres me llevan al aeropuerto. Mientras papá aparca, mamá y yo entramos y veo que hay un grupo de gente que va al mismo campamento. Faltan todavía Mikel y Susana pero hay tiempo, son las 7:55 horas.

Llega el momento de facturar las maletas, las ponemos en la cinta y, a toda prisa, llegan Mikel y Susana que vienen tarde porque han perdido el metro hasta el aeropuerto. Cuando una de las maletas pasa por el escáner, éste pita porque va llena de cuadernos y libros y la es-

piral de los cuadernos es metálica, así que los tenemos que sacar. Son las 9:30 y por fin subimos al avión. Me despido de mis padres, el corazón se me acelera, quizá es el momento más difícil: el de la despedida.

El avión despegua y se hace el silencio, empieza un largo viaje hasta Camerún. Pasadas unas diez horas llegamos al campamento. Allí nos esperan niños de todas las edades que bailan una danza típica para recibirnos. Después nos acompañan hasta nuestra humilde casa, donde hay una cama cubierta por una gasa para que no nos piquen los bichos, algo parecido a una mesa y poco más. El baño está fuera, en una zona común del campamento. Me despido de todos y me voy a la cama.

6:30 de la mañana, suena mi despertador y, cómo no, me cuesta levantarme. Empezamos con un grupo de niños. Les decimos nuestros nombres y les enseñamos lo que hemos llevado: bolígrafos, cuadernos, libros... Lo malo es que ellos no saben muy bien cómo se utilizan. Como no nos entendemos muy bien, a través de gestos logramos que nos comprendan. Cuando entienden para qué sirven les encanta y cada vez más niños se unen a nuestro grupo. Otro grupo está con los chicos mayores para organizar la construcción del depósito de agua.

Nos damos cuenta de que nos falta mucha coordinación y organización. Aquello se nos llena de niños y no podemos con todos. A los mayores les pasa lo mismo: todos los de su grupo quieren hacer un agujero para la tubería y, cuando se dan cuenta, en el suelo hay más de veinte agujeros.

Según pasan los días el trabajo se hace más duro, pero las ganas de continuar del grupo son muchas. Lo más difícil es la comida, pues se come mucho cereal y animales que ellos cazan. Además, las noches son cortas, así que no descansamos mucho.

Una semana, dos semanas, tres semanas, un mes... aquí el tiempo pasa volando. Durante estas semanas hemos tenido enfermedades típicas de aquí y muchas picaduras de mosquitos que nos han dado fiebre.

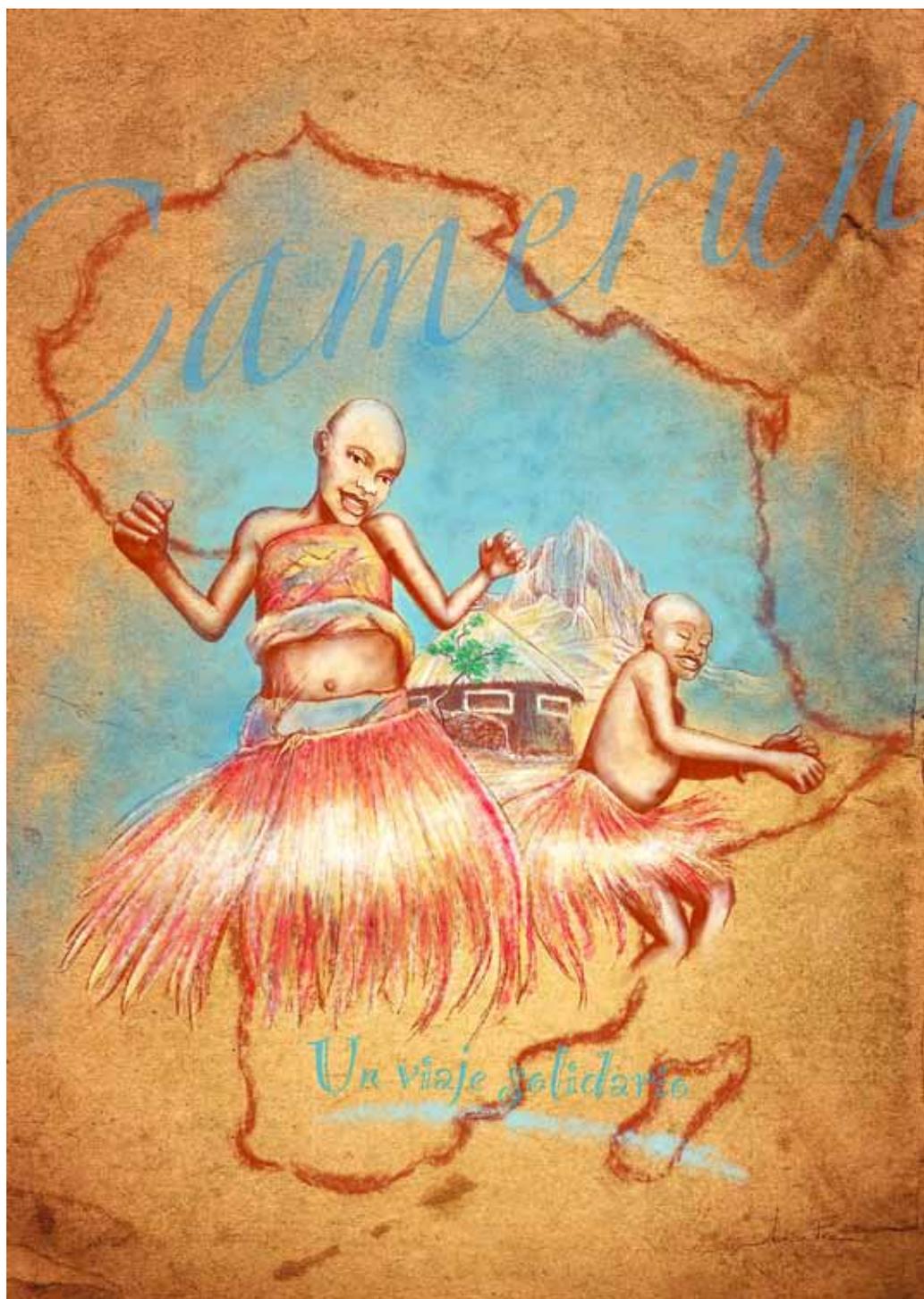
Cada día ha sido diferente. Hemos aprendido sus canciones y danzas, a lavarnos con poca agua y a vivir con sus costumbres. Aquí nos hemos dado cuenta de que las mujeres son las que más trabajan.

El proyecto ha quedado acabado y otro se ha puesto en marcha para el año que viene. Para despedirnos, hemos hecho con los niños un taller que ha consistido en escribir los nombres de todos en un avión para recordar siempre este verano.

Nos hemos hecho una foto de grupo. Los niños nos han despedido igual que nos recibieron, con una danza que tuvimos que bailar aunque no la sabíamos. Ha sido muy triste, pues era el final del campamento, de una aventura. Dejábamos atrás el cariño de todos y empezaba el viaje de vuelta. En el avión solo hablábamos de lo que habíamos hecho y de lo bien que nos lo habíamos pasado.

Nos hemos dado cuenta de que ellos no tienen cosas que para nosotros son esenciales y prioritarias: la luz, el agua potable, la televisión... y pueden vivir sin ellas.

¡Cuando llegue a casa lo primero que haré será encender el ordenador!



El hospital a la maleta

Laura Martínez Rodríguez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Emprendí mi viaje hace ya casi tres años. No ha sido el viaje que yo hubiera deseado. A mí me encanta conocer el mundo, pero no este tipo de sitios.

Mi vida era perfecta. Sacaba buenas notas, iba a clases de baile, tenía a mis amigos y mi familia a mi lado. Todo era tal y como queríamos.

Mi viaje comenzó, a la par que mi pesadilla, el día 3 de marzo de 2011. Llevaba varios días con dolor pero jamás se me hubiera ocurrido pensar que pasaría esto. En nuestra primera “excursión”, ni siquiera sabíamos dónde íbamos a dormir aquella noche. Tenía diez años y mi mayor preocupación en aquel momento eran mis estudios, no quería perder ni un solo día de clase. Sin embargo, a mis padres parecían preocuparles otras cosas. Estuvimos casi dos semanas sin cesar de viajar. Nuestro rumbo era monótono: de Cartagena a Murcia y de Murcia a Cartagena. Me trataban como a un conejillo de indias, o al menos esa era mi impresión. Nadie quería contarme lo que estaba sucediendo, solo hablaban con mis padres.

Uno de los viajes más importantes fue sin duda el del día 24 de mar-

zo: mi diagnóstico. Habría que luchar contra mi cáncer y las únicas armas de la medicina eran la quimioterapia y la cirugía. Ese tratamiento duraría un año, año en el que no pararíamos de viajar al hospital. Las primeras semanas después de mi diagnóstico las pasé llorando y preguntándome continuamente a mí misma: "¿Por qué?".

Teníamos una maleta a la que llamábamos "la maleta del hospital", rosa fosforito y con flores hawaianas. Era una maleta que yo odiaba. Para mí era la personificación del hospital en casa; cada vez que posaba mi mirada sobre ella, recordaba esas habitaciones sin ventanas, el dolor... Mi madre se empeñaba en tenerla siempre preparada por si tuviéramos que hacer algún viaje inesperado a urgencias. Eso a mí no me gustaba porque era suponer que nos haría falta.

En este viaje mío, que siempre tenía por hotel el hospital, fui conociendo a gente maravillosa, pero que en el fondo no me hubiera gustado conocer.

El tiempo pasó más rápido de lo que había imaginado. Fue un año muy duro, que nunca se borrará de mi mente. No olvidaré cómo me miraba la gente... como a un monstruo, como si fuera contagiosa.

Pero no todo fue malo. Como en cualquier viaje, tuve la oportunidad de conocer cosas nuevas y participar en muchos proyectos. Mi pasión por la escritura llegó cuando me di cuenta de que soy demasiado tímida como para presentarme o hablar de mí, por ello lo hago escribiendo. Los profesores del hospital me dieron la idea de hacer mi propio blog, que ahora tiene ya más de 16.700 visitas y 15 seguidores fieles de todo el mundo. Ha sido como conocer a mucha gente desde la habitación de mi hospital, o mejor, que mucha gente me conozca. Es un lugar donde me desahogo y cuento que la lucha contra el cáncer (este viaje de recorrido tan difícil) es posible, que hay que te-

ner paciencia y, a veces, aprender a no tener en cuenta las opiniones de los demás. También redacté el prólogo de un libro que se publicó y he participado en la tesis doctoral de un viejo amigo. Creo que tener tanto tiempo de ocio me ha servido para desarrollar mi afición por la escritura y conseguir grandes cosas que significan mucho para mí. Mediante mi blog, mi compañero de viaje, ayudo a las personas que pasan por mi misma situación a que tengan menos miedo y sepan enfrentarse a los problemas de la enfermedad como el que se enfrenta a “un viaje a lo desconocido”.

Mi vuelta al colegio fue increíble. Llegué el día de carnaval, vestida de india. En unas pocas semanas me sentía de nuevo la misma de antes. Mi vida había vuelto a retomar su camino. Nuestros viajes al hospital se limitaron a una vez cada dos meses para las revisiones y, como siempre, de Cartagena a Murcia y de Murcia a Cartagena. Creo que aprendí a disfrutar más el día a día, a pensar por las mañanas: “Me encuentro bien y estoy en mi casa”.

Todo volvía a ser como antes.

Llegó el 31 de enero de 2013. Ese día mi vida volvió a dar una vuelta radical. En un viaje a Murcia todo cambió. En cuanto el médico me vio comenzó a preocuparse. No me lo dijo, pero lo vi en sus ojos. Nos pasaron a otra consulta, donde yo empecé a llorar, pues me temía lo peor. Apareció de nuevo el médico, que me mandó pruebas. Otra vez a solas, mi padre comenzó a dar respingos con los ojos en blanco. Yo lo llamaba, pero no había respuesta. Cayó al suelo, comencé a gritar: “¡Socorro! ¡Papá!” Estaba en una situación tan agobiante que incluso podía haber salido en una película. En un minuto (y sin saber cómo) la sala estaba llena de médicos y mi madre y yo, fuera. En seguida nos dijeron que estaba bien, que un ataque de ansiedad había sido la causa.

Sin ninguna gana fuimos a que me hicieran las pruebas. Hasta quince días más tarde no sabríamos los resultados. Imaginaos qué significan quince días en esa situación. Tenías que seguir con tu vida normal, pero sabiendo que existía la posibilidad de que en quince días todo cambiara. Eso no es vivir. Cuando volvimos al hospital mis sospechas se hicieron realidad: la enfermedad había vuelto.

Los médicos me mostraron su nuevo "plan": más quimioterapia y una nueva cirugía. Hicimos dos viajes para el tratamiento. Para mí, empezar de segundas fue más fácil. Ya conocía a todo el personal médico, el lugar, las sensaciones... Pasó un tiempo y llegó la cirugía, que llevé con toda facilidad. Creía que ya todo había acabado pero los médicos me guardaban una sorpresa. Habría que operarme de los dos pulmones. Mis sentimientos se mezclaron, el miedo y la indignación me invadieron. A las dos semanas llegó la cirugía. Cinco días después volví a casa.

Me sentía liberada, ya todo había acabado. Cuando volvimos a la semana siguiente, otro nuevo as sacado de la manga. Me harían un trasplante de médula. El miedo y sobre todo la indignación me invadieron de nuevo. Pensaba que las cosas no iban bien, que por eso habían tenido que llegar a aquella situación tan radical, al menos para mí. No me gusta que me digan las cosas de repente, soy una persona muy organizada, a veces demasiado, y los cambios tan repentinos no me agradan.

La fecha del trasplante llegó y yo pensaba que no iba a soportar un mes sin salir de aquel maldito hospital. Estuve veinticuatro días sin ver el sol, sin ver a mi familia. Algunos días podía conmigo, estaba deseando que terminasen. Y por fin, esta vez definitivamente, todo terminó. Aún no puedo ir a clase. Me traslado cada dos semanas al

hospital y, de momento, todo va bien. Mi vuelta al instituto está prevista para el segundo trimestre.

Creo que con toda esta situación de mi viaje a través de mi enfermedad y de mis excursiones al hospital he aprendido a valorar más los buenos momentos, ya que durante mucho tiempo mi vida careció de ellos. Después de tantos viajes para ir al Hospital Virgen de la Arrixaca no quiero volver a viajar a Murcia nunca más. No quiero ofender a ningún murciano, pero creo que le he cogido manía a Murcia y no iré allí como destino de viaje. Todo me recuerda al hospital.

Creo que esta situación me ha hecho madurar. Tengo trece años pero me siento mucho mayor. Cuando veo a la gente tan sana, que no ha perdido ni un solo momento de su infancia, me da mucha envidia. Me considero una persona desafortunada. He perdido tres años de mi vida que nadie me va a devolver. Cuando miro hacia atrás pienso que, antes de que me pasara todo esto, ni siquiera sabía lo que era el cáncer ni lo que sufren muchos otros niños. En mi opinión, antes era una ignorante. Hasta que no te pasa, no te das cuenta de lo que verdaderamente es. Niños de todas las edades, incluso de tres meses, estaban allí conmigo. Cada vez la consulta está más llena, tengo la impresión de que los casos de cáncer están aumentando y que la investigación no está lo suficientemente avanzada y que ni siquiera saben la causa de esta enfermedad. Lo único que se puede hacer para ayudar es ser donante de sangre y médula. Y si da la casualidad de que eres médico, entonces puedes investigar, salvar vidas... ¡hazlo por nosotros! para que este horrible viaje pueda tener un final feliz para todos.

Y, después de todo esto, una pregunta sigue pululando por mi cabeza: "¿Por qué?"



Viaje a Grecia

Ángel Villahermosa Ruiz

Aula Hospitalaria del H.G.U. de Ciudad Real

Érase una vez una familia que, debido a la crisis, tuvo que ir a vivir a la casa de la abuela en un país lejano llamado Grecia. Los niños de la familia nunca habían oído hablar de ese país. Sin embargo su madre lo conocía muy bien ya que ella había vivido allí con la abuela.

Los niños se llamaban Andrea y Paulo y la madre Marta. El padre, por desgracia, había muerto en un accidente de tráfico cuando iba a recoger a los niños al colegio.

El día en que partían hacia Atenas, todos los amigos y compañeros de Andrea y Paulo fueron a despedirlos. Cuando subieron al avión todos sintieron una gran pena al ver que dejaban su ciudad y se marchaban.

Los niños se durmieron y el tiempo pasó enseguida, aunque desde Madrid, que era donde vivían los niños, a Grecia se tardaba unas tres horas y media. Cuando despertaron, el avión ya estaba aterrizando. Los niños se bajaron del avión y salieron del aeropuerto. Se encontraron con un taxi que tenía el nombre de la madre: Marta García. Los niños subieron, ya que seguramente la abuela se lo habría mandado.

La familia recorrió gran parte de Grecia. Las calles eran todas de piedra y las casas eran llamativas, de color blanco y azul principalmente. Llegaron a una lujosa casa. La abuela estaba esperándolos en la puerta con una gran sonrisa y, con un gran abrazo, les dijo que pasaran adentro y tomaran un poco de pikilia y lo que parecía un plato de pescado con patatas y gambas. Los niños se quedaron un poco confundidos pero, para quedar bien, asintieron con la cabeza.

La casa era grande, algo antigua. Al caer la noche la abuela los llevó a su habitación. El dormitorio de Andrea daba un poco de miedo ya que tenía una gran chimenea antigua y la cama era de lo más incómoda, pues en vez de tener un colchón parecía tener un montón de bolas de papel de periódico, pero tenía una gran vista a una montaña con un gran palacio de piedra. La habitación de Paulo era, al contrario que la de Andrea, muy cómoda y llamativa, pero por la ventana solo podía ver un árbol lleno de ramas secas. La abuela les dijo a los niños y a la madre que por la mañana irían a ir a visitar los mejores monumentos del país.

A la mañana siguiente los niños se levantaron pronto, sobre todo Paulo, que había dormido muy bien. Andrea, al contrario, al no poder dormir se había quedado toda la noche mirando por la ventana. Al llegar a la cocina se encontraron a la abuela y a su madre esperándolos. La mesa tenía una gran cantidad de productos: un vaso lleno de yogur, pasas, almendras y nata, una tarta con un montón de piezas de frutas, mandarinas, kiwis, peras y pepinos.

Los niños desayunaron y se vistieron para ir a hacer la excursión con la abuela. Paulo se puso un chándal y una gorra y Andrea un vestido y una bufanda. Los niños se imaginaron a la abuela con una túnica negra y un vestido muy raro pero, al salir, la abuela iba vestida igual

que en España, con una chaqueta y unos pantalones vaqueros. Los niños se quedaron algo extrañados, ya que pensaban que las personas de Grecia se vestían con túnicas negras y harapos viejos.

La abuela y los niños se subieron al coche descapotable y se fueron de excursión. Recorrieron muchos kilómetros hasta llegar al primer destino: el Partenón. La abuela veía ese monumento como algo importante, sin embargo los niños veían únicamente una torre de bloques de piedra destruida. La abuela les explicó que era un monumento antiguo de hacía más de dos mil años. Los niños estaban cansados de andar de piedra en piedra. Paulo se cayó hasta cuatro veces. La Acrópolis, como decía la abuela, era un gran recorrido turístico de piedra que había sido una ciudad muy importante. La siguiente parada era la playa. Al oír esto los niños saltaron de alegría y desearon llegar enseguida para poder bañarse. Después de dos horas en el coche de la abuela, quien conducía a toda velocidad, llegaron a la playa. A Paulo y Andrea se les pusieron los ojos como platos al ver el mar azul, ¡tan azul que parecía pintura!. El mar estaba lleno de barcos y en todas las líneas de playa, desde la primera hasta la última, había miles de casas pequeñas de piedra de color blanco y azul. Al final había cientos de molinos antiguos. Los niños se pusieron el bañador y se zambulleron en el agua. Se puso el sol y los hermanos salieron del agua. Se marcharon de vuelta a casa y la madre los recibió con una famosa receta griega que había visto en un libro de la abuela. La receta se llamaba musaca y estaba acompañada de unas patatas. Aquel plato sabía igual que la lasaña que le encantaba a Paulo pero, en vez de utilizar pasta, se utilizaban berenjenas. También les preparó otra receta llamada gyros que constaba principalmente de carne asada, verduras y salsa mezclados en un cucurucho de papel. Los niños cenaron y se dirigieron a sus habitaciones a dormir.

Después de unos cuantos días se dieron cuenta de que echaban de menos a sus amigos, profesores y compañeros de la escuela. Paulo y Andrea le pidieron permiso a su madre para volver a casa pero, por la cuestión de la crisis, era imposible. La abuela oyó la conversación y se ofreció a ayudarles con dinero para que se alquilaran un piso en su ciudad. Los niños, muy alegres, abrazaron y besaron a la abuela, pero la abuela les puso una condición: irse a vivir con ellos. Los niños aceptaron con toda la felicidad del mundo.

Al llegar la hora de regresar a España los dos hermanos sintieron la misma pena que al dejar España. Estaban seguros de que nunca olvidarían las aventuras que habían vivido en Grecia con la abuela. Lo mejor era que a la abuela no la iban a echar de menos ya que se iba a vivir con ellos a España.



Viaje por África

Felicidad del Amor Valera

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Reina Sofía

Lucía era una niña pequeña para su edad, aunque muy espabilada y vivaracha. Tenía unos ojazos negros preciosos que su madre decía que siempre “estaban en las nubes”. Era tan sociable que todo el pueblo era su amigo: ancianos, niños, pobres, ricos... Todos la querían por su simpatía y por su imaginación. Tenía una capacidad enorme para inventarse historias que transcurrían en lugares que nadie del pueblo, y mucho menos ella, conocía. Las contaba tan bien que conseguía que su frío pueblo bullense se convirtiera por un rato en una preciosa playa soleada del Caribe, por poner un ejemplo. A Lucía la pasión por los viajes le venía desde la cuna. Su padre era camionero y siempre le contaba historias sobre los sitios por los que viajaba y, como la niña lo admiraba tanto, hizo de aquello su pasión y se pasaba la vida viendo documentales y leyendo libros sobre distintos países del mundo.

Cuando Lucía tenía trece años y gracias a las buenas notas que había sacado el primer curso del instituto se cumplió un gran sueño de su vida: hacer un largo viaje con su padre en el camión por todo el continente africano hasta llegar a la República Sudafricana.

Por fin, a principios de verano, emprendieron el viaje. La noche antes de partir no conciliaba el sueño de lo nerviosa que estaba al pensar en la aventura que iba a vivir. En solo un día llegaron desde las frías tierras de Bullas hasta Algeciras, donde embarcaron para llegar a África. En el barco, Lucía se pasó todo el tiempo corriendo de un lado a otro, admirando los saltos de los delfines y observando a la gente que iba en él, muchos de ellos vestidos con chilaba y ropa muy distinta a la que ella estaba acostumbrada a ver.

El primer país que visitó fue Marruecos. Mientras su padre estaba en su trabajo ella se dedicó a pasear por sus zocos y a sorprenderse con sus olores y sus comidas. Las que más le gustaron fueron el cous-cous y el tagine. Se hizo amiga de un chico marroquí, Mohamed, que la invitó a su casa. Allí comió con toda su familia, sentada en el suelo y con las manos. Fueron muy cariñosos y hospitalarios con ella. Por eso, Lucía se preguntó cómo nosotros, a veces, podemos tratarlos tan mal.

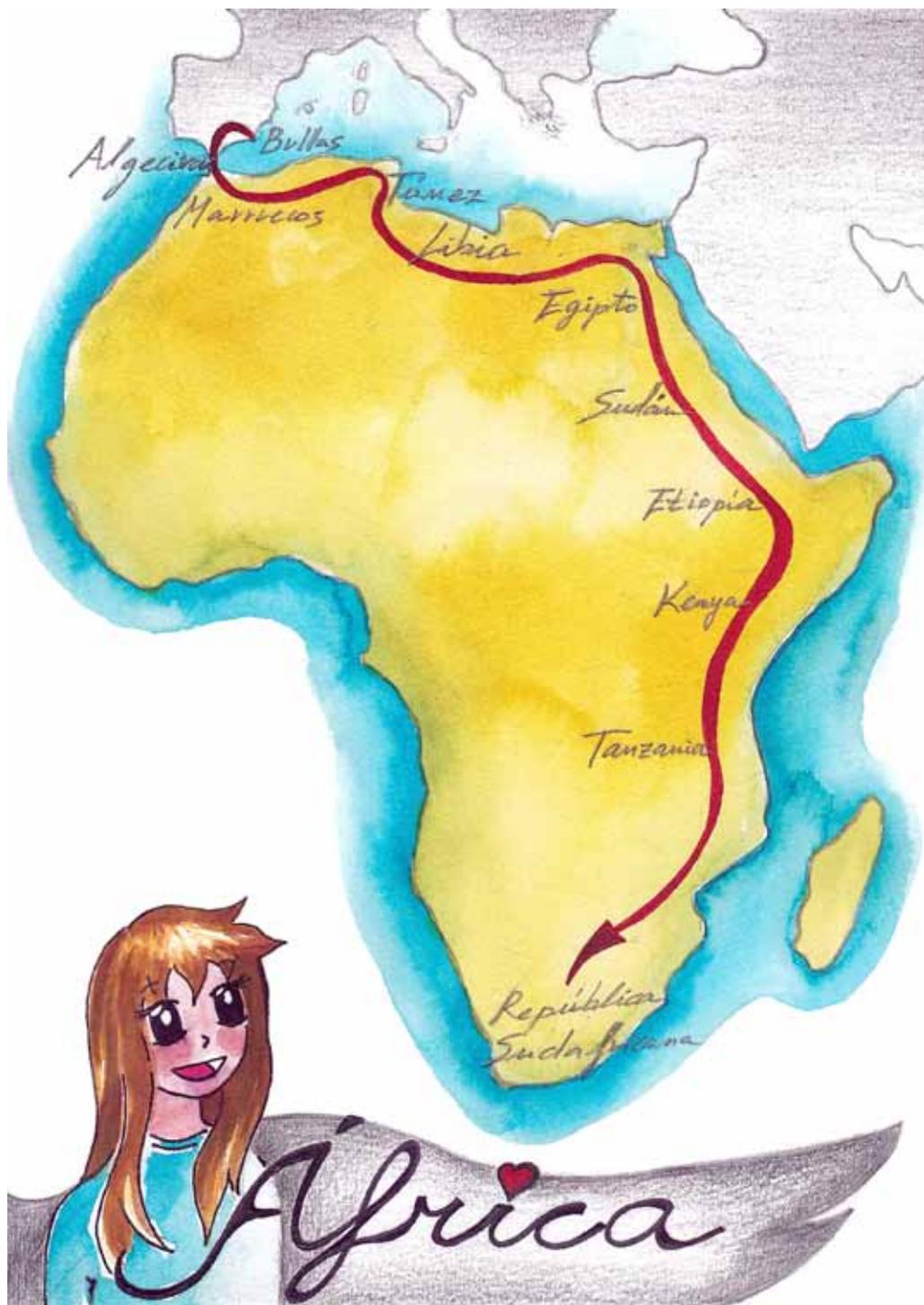
El segundo destino fue Egipto. Recorrieron en el camino los desiertos de Túnez y de Libia. Quedó encantada con las dunas, pues le recordaban a las olas del mar doradas por el sol. Cuando llegaron a Egipto alucinó con la belleza de las pirámides. Era imposible reflejar tanta belleza con una cámara, ¡había que verlo en directo! Su padre le permitió un viaje en barco por el Nilo. Como estaba tan emocionada y no se podía estar quieta, se asomó tanto a la borda para ver a un cocodrilo que se cayó al río. Cuando estaba a punto de que el cocodrilo se comiera una de sus piernas los marineros se tiraron al agua para poder salvarla. Después de un buen rato consiguieron rescatarla y llamaron a su padre para que se hiciera cargo de ella porque era incapaz de estarse quieta.

Continuaron con su viaje pasando por Sudán y desde allí llegaron a Etiopía un país donde la población pasaba mucha hambre. A Lucía le daba lástima de la gente que vivía allí. Muchos niños tenían la barriga hinchada por la desnutrición y la mayoría de gente no llegaba a hacerse mayor por la falta de alimentos. Una noche en la que el padre de Lucía estaba durmiendo en el camión, ella cogió un montón de comida de la que llevaban para dársela a la gente que pasaba mucha hambre y que así pudieran sobrevivir unos años más. A la mañana siguiente, cuando se levantó su padre y vio que faltaba la mitad de la a comida, le preguntó a Lucía si la había visto y ella le dijo que se la había dado a los niños hambrientos. Al principio su padre se enfadó, pero después se dio cuenta de que su hija estaba ayudando a los más necesitados y se sintió orgulloso de su generosidad.

Antes de llegar a su destino final pasaron por Kenia y Tanzania, donde pudo disfrutar de las mayores reservas de animales del mundo, como el Serengueti y el Ngorongoro (un cráter de 8.000 km²). A Lucía le pareció una de las cosas más bellas del mundo ver a aquellos majestuosos animales en su medio, gozando de libertad en vez de enjaulados en un zoo. Su padre le riñó varias veces, pues ella quería salir fuera a tocar a todos los animales y podía ser peligroso.

Por fin llegaron a la república Sudafricana y tuvo la suerte de que coincidió con el mundial. Consiguieron una entrada para ver a la selección española y allí vio a Mandela, a lo lejos. Como su sueño era conocerlo, fue corriendo por las gradas y, burlando la seguridad de los guardias, llegó a donde estaba Nelson. Allí, sin dudarle, se abrazó a él y le dijo lo mucho que lo admiraba. Cuando los guardias la vieron fueron a sacarla de sus brazos, pero Mandela dijo que no se la llevaran porque traía un mensaje de paz de parte de todos los chicos y chicas del mundo. Lucía estaba super feliz y, con una gran sonrisa, apareció

en todas las revistas del mundo. Cuando sus amigos de Bullas la vieron se sintieron muy orgullosos de tener a una viajera tan intrépida como amiga.



La reina secuestrada

Emilio José Candel Baidez

Aula Hospitalaria del H.U. Nuestra Señora de Perpetuo Socorro.
(Albacete)

Érase una vez una princesa que vivió una aventura en la que tenía que salvar a su madre, la reina, y a su padre, el rey.

El padre estaba enfermo y la princesa lo curó con agua bendita. Después fueron los dos a caballo a buscar a su madre pero no la encontraron. La chica se puso muy triste y quiso buscar a un mago que le dijese dónde estaba su madre. El mago le dijo que estaba en un país en el que reinaba la envidia, el odio y la maldad, y que sólo podría llegar allí si era buena persona. Le dio el antídoto de buenas intenciones, que era una pastilla de color rosa, para que se lo diera a su madre la reina.

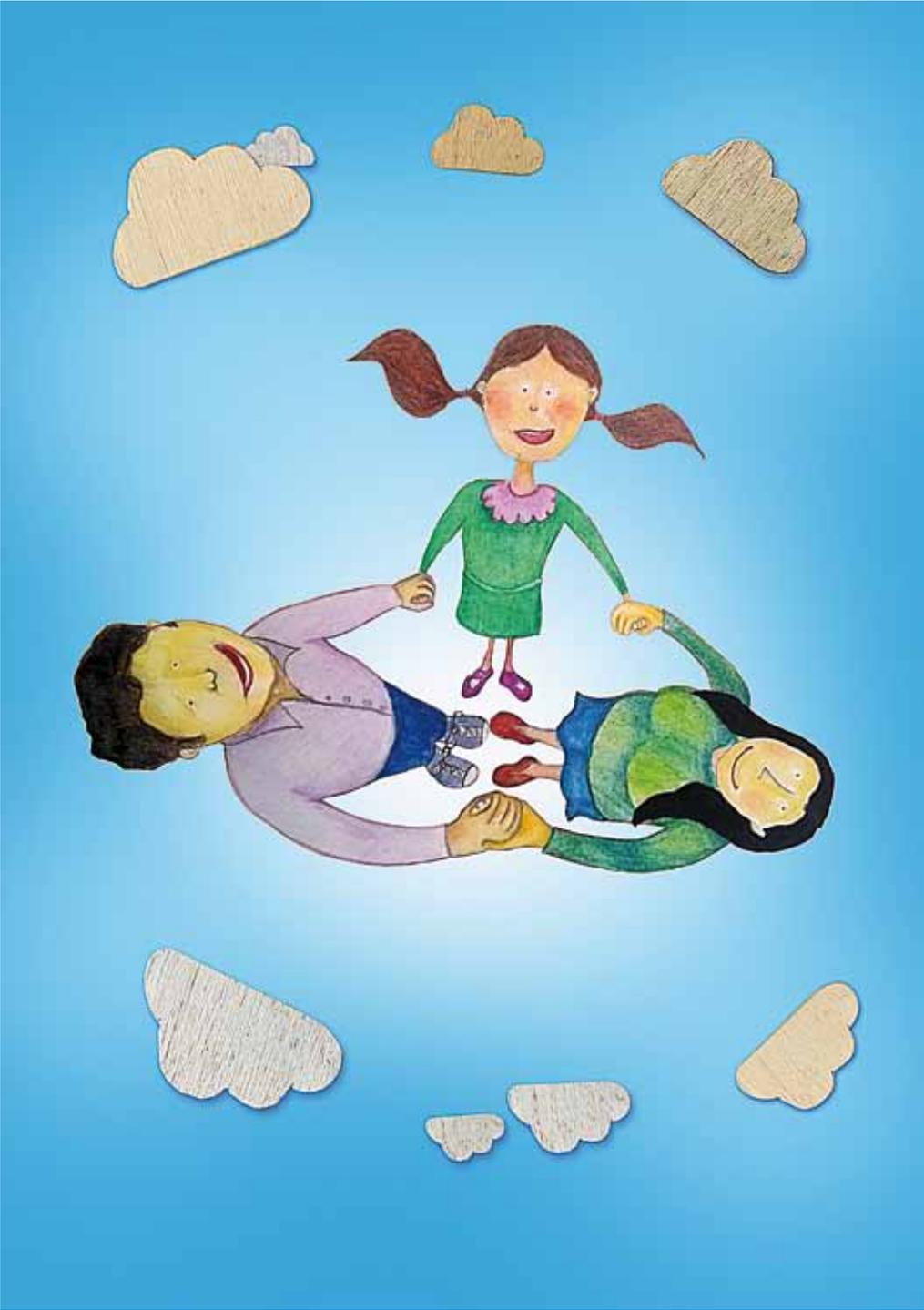
La princesa y su padre emprendieron el viaje en busca de la reina, pero los caballos se cansaron y se pararon para darles agua. Como los animales seguían agotados, la princesa y su padre el rey continuaron el viaje caminando.

Llegaron al reino de la maldad y encontraron el castillo donde estaba secuestrada la reina. Los malos del reino les tendieron una emboscada con flechas de fuego. Entonces el rey comenzó a luchar pero fue gravemente herido en el riñón por una espada. La princesa aprovechó

el fuego de las flechas para matar a los malos y salvó a su padre el rey con agua bendita.

La princesa encontró a la reina encerrada en una jaula. Estaba herida por latigazos. La princesa le dio la pastilla rosa que le había entregado el mago, pero no le hizo efecto. Entonces decidió usar la que había guardado y, al mezclarla con unas pocas gotas de agua bendita que le quedan, la reina se recuperó.

Se fueron corriendo juntos como una familia y colorín colorado este cuento se ha acabado.



El viaje de Gotín, una pequeña gota de agua

David Martínez García

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Gotín viajaba en el tren *nube* con sus amigos. El tren *nube* iba a gran velocidad, empujado por el viento, cargado de miles y miles de cristalinas gotas de agua. Fuertes ráfagas de viento fresco hacían que todos los acuáticos pasajeros se chocaran unos contra otros. Otros trenes similares viajaban paralelos a ellos.

De pronto, en un cambio de raíl, dos nubes chocaron produciendo un gran trueno. Sorprendentemente, todos los viajeros, muy felices, se pusieron a reír porque sabían que el viaje había terminado y que una apasionante misión había empezado.

Gotín era transparente, alegre y divertido. Su redondo cuerpecito se adaptaba a cualquier situación y, por encima de todo, sobresalía su gran sentido de la responsabilidad.

Gotín, junto a sus amigos, empezó a caer desde el cielo en dirección a un verde campo. Con un poco de miedo pensó en aterrizar suavemente y buscó una alfombra de césped natural. Todas las gotas que cayeron se unieron formando un riachuelo, pero Gotín se filtró por entre el césped y, cuando se dio cuenta, formaba parte de una gran bolsa de agua.

Todo estaba tranquilo hasta que llegó el momento en que salió disparado porque la bolsa estaba llena. De repente se vio cayendo al lado de unas montañas y bajando de un lado a otro por un río chocando con piedrecitas y rocas. Pocos kilómetros después, Gotín se observó flotando tranquila y plácidamente en un río muy sereno. Se notó estancado, parado contra un muro. Preguntó a sus compañeros de viaje y le informaron que estaban en un pantano. Allí estuvo muchos días y conoció a muchos amigos. Gotín contó su misión a sus nuevos amigos. Así todos sabían que su sueño era quitar la sed a un niño. Todos le desearon suerte.

Una mañana muy temprano notó cómo un tubo muy grande lo absorbía. A lo lejos comenzó a escuchar un ruido que cada vez era más fuerte. Conforme se aproximó se dio cuenta que eran unas grandes turbinas que lo removían. Cuando salió de allí estaba reluciente. Gotín sintió que estaba cerca de terminar su misión cuando llegó a un espacio grande y oscuro. Estaba en un depósito con un montón de gotas, todas limpias e impacientes por salir de allí. Una fuerza que no podía controlar lo metió en una tubería y anduvo dando vueltas y vueltas como si fuera un tiovivo de feria hasta que notó que el aire fresco le llegaba cuando salió disparado por un grifo hacia un vaso de cristal. Alegre, observó como el vaso se dirigía hacia la boca de un niño que se lo bebió. ¡Por fin había completado su misión!



CATEGORÍA C

(de 14 a 17 años)

GANADOR CATEGORÍA C

Viaje al Barroco

Juan Pagán Martínez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Morales Meseguer

Desperté sobresaltado, desorientado, sin saber hacia donde mirar; quedé aturdido. Me levanté de la cama y, sin fijarme mucho, me di cuenta de que no estaba en mi habitación. La estancia donde me encontraba era un tanto anticuada, con suelo de madera oscura y agrietada. Había unos escasos armarios con una capa de polvo. Curioseé un poco por la habitación abriendo los raros cajones de los armarios, pero todos estaban vacíos. Cuando terminé, abrí una gran puerta de madera que se hallaba en el fondo de la habitación y me dispuse a salir, mirando antes a ambos lados del pasillo, pues no sabía hacia qué lado dirigirme. Entonces elegí, al azar, caminar hacia la derecha. Anduve hacia ningún lugar preguntándome cómo habría llegado hasta allí. Me fijé en el pasillo. Era extraño, en él se encontraban bastantes puertas, cada una de ellas con una plaquita en la que ponía una fecha y su correspondiente época musical. Intenté abrir alguna puerta para ver si encontraba a alguien. Empecé por una en la que ponía “Nacimiento del Dubstep” pero no había manera de abrirla. Seguí andando e intenté abrir otras puertas que me intrigaban, como la de “Música del Romanticismo”, pero tampoco se abría. Seguí comprobando todas hasta que pude abrir una. Miré el letrero y pude leer “Clasicismo”.

Entré y todo estaba decorado de una forma peculiar. Me llamó la atención un armario en el que ponía: "No abrir." No hice ni caso y, tirando del pomo, lo abrí. No encontré más que unas cuantas partituras envejecidas de música para orquesta. Las doblé, me las metí al bolsillo y proseguí deambulando por el pasillo. Al fondo oí un gran estruendo que me asustó mucho. Me quedé bastante tiempo quieto, sin moverme, pensando que quizás sería alguien trabajando en alguna reforma, ya que aquel sitio estaba bastante anticuado. Durante un instante tuve confianza en que al fin encontraría a alguien que me diera alguna explicación acerca del lugar donde me encontraba, cómo había llegado hasta allí y cómo salir. Pero aún en mi mente, continuaba la primera impresión del susto que me había causado el gran estruendo, así que decidí acercarme al fondo del pasillo de forma sigilosa con la esperanza de esclarecer el enigma ante el que me encontraba.

Al terminar el recorrido llegué a un escenario iluminado con candelabros alrededor. Al frente del mismo había muchos asientos de terciopelo rojo y unos grandes palcos. Pero lo que más me llamó la atención fueron los instrumentos que había en el escenario. ¡Aquello no era normal! ¡Parecía como si hubiese viajado en el tiempo!

Cuando desapareció mi preocupación cogí un instrumento, pero no cualquiera. Elegí la viola, ya que yo sabía tocarla. Había aprendido años atrás, pues estuve estudiando varios años en el conservatorio.

Me dispuse a tocarla cuando de repente...

—¡Eh, tú! ¡Quietos! ¡No te muevas! —escuché tras mi espalda.

No me inmuté. Me quedé como una piedra, casi sin parpadear. No sabía hacia dónde mirar, hasta que el sonido de sus pasos me indicó por donde se acercaba la persona que me había reprendido. Un hombre alto y con bigote apareció entre la penumbra frente al escenario.

—¿Quién eres? —preguntó el señor con bigote.

Sin saber qué responder me presenté, medio tartamudeando por el susto que llevaba en el cuerpo.

Mi sorprendente interlocutor continuó interrogándome:

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Por qué vestes esa ropa tan extraña?

Baluceando, le expliqué que no tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí, simplemente había aparecido en una cama de una de las habitaciones del fondo del pasillo. Más confiado, me atreví a preguntarle su nombre, pero se quedó callado. Tomó una bocanada de aire y se dio la vuelta.

Esperando una mínima respuesta empecé a incomodarme por el silencio que se produjo. En mi incertidumbre, se me ocurrió preguntarle el año en que nos encontrábamos. Él volvió a girarse hacia mí y contestó con los ojos abiertos de par en par que en el año 1790, por supuesto. "¿En qué año si no?", exclamó.

¡Me quedé patidifuso! ¿Cómo era posible? ¡Había viajado en el tiempo! Sorprendido y alarmado, no supe seguir la conversación. El silencio volvió a surgir y el hombre con bigote empezó a perturbarse, como yo. Seguía observándome en silencio, extrañado por mi imagen. Transcurridos unos largos segundos, aquel hombre mencionó que había habido un incidente en el cual, afortunadamente, ningún artista había sufrido heridas. Por desgracia alguien había destrozado un piano que era insustituible, pues era de Amadeo y lo necesitaba para la próxima actuación.

Me paralicé y pensé: "¿Qué monstruo destrozaría un piano?" Proseguí comentando con él lo que podría haber sucedido. Él insistía

en averiguar si yo había visto algo. A todo lo que preguntaba, yo negaba con la cabeza. Todo era un tanto sospechoso. Es posible que el estruendo que antes había oído fuera el piano. No dije nada. Aquel extraño personaje no me inspiraba mucha confianza. Después de asegurarse de que yo no había visto nada, se marchó apresuradamente sin dar más explicaciones y dejándome solo nuevamente.

Sin saber qué hacer ni hacia dónde dirigirme, volví a coger la viola y comencé a tocar una acogedora melodía. De pronto escuché un golpeteo entre bastidores. Interrumpí repentinamente mi melodía para poder escuchar mejor el golpeteo y me dirigí al lugar de donde procedía el sonido.

Con la escasa luz que había pude distinguir a un hombre en cuclillas al lado del piano. Con algo que llevaba en la mano izquierda golpeaba el suelo. Efectivamente, era un martillo. Yo asocié el martillo al destrozo del piano y, desde lejos, le pregunté qué hacía aporreando el suelo.

—Aquí, arreglando esté tablón del suelo —contestó.

No le creí. Terminé acercándome y observé que era cierto. Pero bueno, el hombre estaba muy cerca de las pruebas del delito. ¡Aquello era cosa seria! ¡Ya había dos sospechosos! Continué conversando con él para averiguar si estaba involucrado en el percance del piano y observé que no era muy diestro en el manejo de las herramientas. De vez en cuando tenía que deshacer el trabajo hecho o sufría pequeños accidentes en sus propios dedos con el martillo o los alicates. Incluso tropezaba a cada paso que daba. Estaba ensimismado en mis pensamientos cuando me sobresaltó un grito:

—¡Ay!

—¡Pero hombre de Dios! ¡Usted no es precisamente un manitas!- le dije. Más bien... ¡un manazas! Y con la caja de herramientas debería llevar una caja de botiquín -añadí.

—Efectivamente —me dijo arqueando una ceja— La tendría que llevar y la llevo.

Acto seguido abrió una pequeña cajita que llevaba cerrada herméticamente y sacó lo necesario para una cura improvisada.

Pensé que quizá su falta de destreza había sido la causante de la rotura del piano. Me decidí y le comenté mis sospechas. Agregué, para quitar sentimiento de culpa, que en ese caso estaríamos hablando de un lamentable accidente.

El obrero, tartamudeando y sonrojado, me confesó que era cierto, que había tropezado y, en su intento de mantener el equilibrio, había accionado sin querer un mecanismo del escenario de forma que los murales del decorado del fondo iniciaron el recorrido que hubiesen hecho en un momento preciso a lo largo de la actuación del Sr. Amadeo. Incluso podría haber roto el mecanismo del decorado. Fue en aquel momento cuando cayó sobre el piano un saco que hacía de contrapeso de las telas.

Siempre me gustó jugar a ser detective así que, para ayudar al inocente obrero, comprobé que cuerda del contrapeso estaba seccionada de modo artificial y que la rotura no era un infortunio sino una acción premeditada. Por tanto, llegué a la conclusión de que en realidad el torpe obrero le había salvado la vida al maestro Amadeus Mozart, pues el saco estaba dispuesto de tal modo que hubiera caído durante la actuación sobre el insigne músico.

Tras mi explicación, el operario me indicó que la única persona que

andaba ultimando detalles entre bastidores aquel día era el director de orquesta, antiguo compañero del Sr. Mozart y persona de confianza. Nadie más disponía de las llaves. Yo sospeché del señor del bigote pero no quise entrometerme más. La función se había cancelado debido al desastre ocurrido y yo debía volver a mi casa con mi familia, aunque no sabía cómo y no contaba con la ayuda de nadie, pues aquel buen señor había salido del escenario seguramente a denunciar el caso a las autoridades.

Se me ocurrió volver a la habitación y acostarme en aquella cama, como si nada hubiera pasado. Pero abrí los ojos y nada. Allí estaba, frente al viejo mobiliario. Desesperado, reconstruí el camino recorrido anteriormente, aunque esa vez escogí un itinerario diferente. Fui por la izquierda y seguí recto sin pararme a mirar nada hasta que, de repente, oí unos gritos de socorro y auxilio.

—¡Ayúdenme! —escuché al fondo del pasillo.

Corrí y corrí hacia el lugar de donde provenían los gritos de auxilio y terminé en el mismo sitio, frente al señor del martillo que esta vez sujetaba una cuerda. ¿Cómo era posible? ¡El piano estaba intacto! Me quedé quieto, sorprendido, pero la mirada de sufrimiento del obrero me alarmó. ¡En menudo aprieto me había metido! Rápidamente tuve que decidir. No lo ayudé a sujetar la cuerda. Miré hacia arriba, vi el saco de arena y quité el piano lo más rápidamente posible de aquel sitio. El buen hombre no pudo resistir más y se le resbaló la cuerda de entre las manos. El saco cayó pero mis reflejos actuaron más rápidos y el piano ya no estaba debajo del mismo. Yo rodaba por los suelos.

¡El piano estaba nuevo! No me podía creer lo que acababa de hacer. El que yo creía obrero (que en realidad era el conserje del edificio) acudió en mi ayuda y me dio las gracias repetidamente mientras me

sacudía el polvo. Cuando terminó, me preguntó quién era yo y qué estaba haciendo allí. ¡Repámpanos! No le podía explicar que era de otro tiempo. Aquella situación me llevó a pensar que había vuelto a viajar en el tiempo dentro de mi viaje en el tiempo.

Todo encajaba: el piano, el saco de arena y el desconocimiento del conserje sobre mi existencia. Tuve una profunda conversación con él y le expliqué absolutamente todo sobre aquel incidente, diciéndole quién era el responsable. El conserje se sintió contento porque, aunque era un poco patoso, su nuevo tropiezo había salvado la vida a Amadeus. Me dio las gracias por explicárselo y quiso darle su merecido al director quien, según me confesó, era un tanto arrogante. Pero para ello debíamos esperar a la función.

El hombre me invitó a ver la obra en el mejor sitio posible: el palco principal, pero antes debía ayudarlo a colocar el piano y arreglar la cuerda del telón.

Tras colocar el piano y sustituir la cuerda por una nueva, esperé en el palco, entusiasmado por ver una función de Mozart en directo. A millones de personas de mi época real les hubiera gustado ser yo en aquel instante.

Comenzó a llegar gente y sí, allí estaba el director con su perverso bigote que tanta gracia me hacía. Todo el auditorio enmudeció y la función empezó.

Estaba tranquilamente disfrutando de la maravillosa música cuando me fijé en el director, quien dio un pequeño paso al lado contrario del lugar donde se encontraba Mozart con su piano. Yo no me alarmé, ya que no había peligro.

En un momento de la actuación, cuando cayeron los telones del

fondo, el director miró hacia arriba y se tapó los oídos. Pasaron cinco segundos, diez, quince... y la actuación de Mozart continuaba. La gente comenzó a reír sin parar, creyendo que su actitud formaba parte de la obra. Repentinamente, cayó desde el techo una gran cantidad de pescado sobre el director. Los espectadores rieron y rieron sin pausa. El director, sorprendido, miró hacia arriba y vio al conserje con un cubo en la mano. Éste sonrió y saludó.

El director, con el bigote lleno de escamas, estaba furioso, como poseído. En su locura confesó a voz en grito sus planes y quien los había frustrado. Al instante, un grupo de policías que había en la sala, previamente alertados por el conserje, lo detuvieron.

—Vamos a llevarte a tu pecera —dijeron los policías— donde te corresponde estar.

Todo el auditorio aplaudió y la obra continuó.

Al fin todo estaba en su sitio, excepto yo, que no pintaba nada allí. Debía marcharme, pues echaba de menos a mi familia.

Hablé con el conserje e insistió en ayudarme. No sabíamos cómo, pero lo intentaríamos desde la habitación desde la cual había iniciado mi peculiar aventura.

Como en un bucle sin fin, otra vez fui a parar allí. Me metí en la cama, me empezó a entrar sueño y supuse que era eso lo que me haría estar de vuelta.

Antes de meterme en la cama me despedí de mi amigo, el conserje. Él me habló sobre el futuro que quería para sus descendientes. Me pidió que los buscara en los archivos de la historia para comprobar si se cumplía. ¡Adivinad! Quería que sus descendientes fueran músicos.

Una vez en la cama le insistí:

—Pero... ¡dime tu nombre!

El sueño me vencía. Cerré los ojos y escuché su nombre entre bostezos:

—Mi nombre es Enemesio.

(Un año después)

Era verano y estaba en casa de mi abuela haciéndole compañía y ayudándola. Ella me dijo que si le limpiaba el desván me daría dinero para poder comprarme lo que yo quisiera. Sin pensármelo dos veces cogí unas cuantas cosas de limpieza y fui rápidamente al desván.

Estaba limpiando cuando, de repente, encontré un álbum de fotos bastante antiguo, lo abrí y, curioseando las fotos y retratos vi uno cuya imagen me resultaba familiar. ¡Se parecía a aquel conserje! ¡Al conserje de mi sueño! Pero... no era posible. ¡Si todo había sido un sueño!

Di la vuelta a la foto y leí que ponía: "Enemesio Pagán". Tenía el mismo apellido que yo. ¡Era mi tatarabuelo!

Rebuscando en la habitación encontré otros marcos con unas partituras dentro. Cuando las tuve entre mis manos me sentí un tanto nervioso. Empecé a tocar con mi viola aquella melodía firmada por Enemesio Pagán. Me quedé en estado de shock.

En un sueño le hice la promesa a un conserje y músico frustrado de buscar a algún familiar suyo que fuera músico. Nunca la había cumplido hasta ahora entonces que, sin buscar al músico lo encontré.

Y así, con todas las piezas de mi viaje en el tiempo encajadas, comenzó mi vida de músico profesional.



El viaje de Rosa

Paula Jo Gallego

Aula Hospitalaria del Hospital Clínic
(Barcelona)

Rosa no se dio cuenta de que su viaje había empezado hasta que éste terminó. Fue extraño, prácticamente increíble, pero cambió su vida por completo. Para que lo entendáis tendré que empezar por el principio... Allá voy.

Rosa tenía diecisiete años y vivía con su madre a las afueras de un pueblo de apenas mil habitantes, en una casa de campo rodeada solo por el bosque. Estudiaba en el instituto de la ciudad más cercana, donde había conocido dos años atrás a su novio, Miguel, y a todas sus amigas.

El viaje de Rosa empezó en una noche calurosa de agosto. Rosa estaba muy cansada y se había metido pronto en la cama. ¿Qué por qué estaba tan cansada? Bueno, había sido un día muy duro para ella. Había tenido una discusión bastante fuerte con su madre aquella misma tarde. Su madre le había pedido que la acompañara de compras a la ciudad de al lado y ella no había querido porque prefería quedar con Miguel. Su madre le había dicho que le parecía mal que le hiciera esto, ya que a Miguel lo veía cada día sin excepción e incluso a veces se quedaba a dormir en casa de él a pesar de

que viviera lejos. Así que la madre de Rosa se sentía despreciada. Encima de que había sido siempre tan permisiva con su hija, ahora ella se lo pagaba de esta forma... no era normal. Pero el conflicto no había sido solo con su madre. Rosa había llamado a Miguel para que fueran al cine aquella tarde y él le había dicho que no podía porque había quedado con un amigo a quien no veía desde años atrás. Rosa le había colgado el teléfono muy enfadada y ya no habían vuelto a hablar. La chica había estado toda la tarde llorando, sintiéndose desgraciada por la vida tan horrible que le parecía que tenía. Había llamado a su mejor amiga, Julia, para contarle lo sucedido, y ésta le había reprochado que cuando ella necesitaba ayuda Rosa nunca le hacía caso, y ahora que era ella la que estaba mal no podía esperar que Julia estuviera a su lado.

Ante esa situación Rosa se sentía desesperada. Creía que había perdido a todos los que la rodeaban, se sentía sola en el mundo y solo quería desaparecer para siempre. Todos estos pensamientos cruzaban su mente mientras daba vueltas en la cama desconsoladamente. Finalmente consiguió conciliar el sueño, aunque no por mucho tiempo. Al cabo de poco rato, despertó. Se sentía asfixiada en su habitación, se sentía encerrada y sus pensamientos no la dejaban tranquila. De repente sintió un deseo irrefrenable de salir de casa, así que abrió la ventana de su habitación – la vivienda solo tenía una planta, así que no había riesgo de lastimarse al caer fuera – y salió silenciosamente al bosque que rodeaba la casa. Iba descalza y solo vestía su camisón de dormir, pero realmente hacía mucho calor. Empezó a caminar entre los árboles y los pequeños animales e insectos que revoloteaban a su alrededor hasta que perdió su casa de vista. Incluso entonces, no paró de caminar. Llegó al final del bosque, un sitio en el que nunca había estado. Allí ya no había árboles, solo había un inmenso campo

cubierto de margaritas. La luna llena brillaba por encima de la cabeza de Rosa e impedía que ésta se perdiera en la oscuridad.

Cuando no había dado ni diez pasos por el campo de margaritas sintió una presencia detrás de ella. Se giró y vio a una chica que aparentaba su misma edad, alta, delgada y muy pálida. Su pelo era de un rubio muy claro y le llegaba a la altura de las caderas. Rosa se quedó delante de ella sin saber qué decir. Fue la otra chica quien rompió el silencio.

—Hola, Rosa —dijo con una voz dulce y musical.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó Rosa, recelosa.

—Porque tú lo sabes —le respondió la chica sin alterar su tono de voz pausado y tranquilo.

A Rosa no le gustó esa respuesta, más bien le pareció que la chica se estaba riendo de ella. No entendía nada pero, como no estaba de humor para tonterías, se giró y siguió caminando en dirección a la luz de la luna. La chica empezó a caminar a su lado y Rosa la ignoró, sin modificar su ruta

—¿Por qué no eres feliz? —le preguntó la chica misteriosa sin mirarla, manteniendo los ojos fijos en la luna.

—Porque no tengo nada en la vida —respondió Rosa.

Acto seguido se arrepintió de haber dicho aquello. ¿Acaso le importaba su vida a esa desconocida? Para desviar el tema de la conversación preguntó sin mucho interés:

—¿Tú eres feliz?

—Claro —respondió la chica sin pensárselo dos veces— Tú también

deberías serlo –añadió y, sin dejar que Rosa respondiera, prosiguió– ¿Sabes por qué soy feliz? Porque valoro cada pequeño detalle. Cada momento es valioso para mí. Mi existencia será corta, así que aprovecho cada uno de mis segundos de vida. Seguro que si comparamos tu vida con la mía tú tienes mil motivos más que yo para ser feliz.

–¿Y tú qué sabes de mi vida? –la interrumpió Rosa, airada.

No le gustaba que le dieran lecciones, así que empezó a caminar a un ritmo más intenso ya que se había cansado de la compañía de aquella chica. Ella se adaptó a sus pasos veloces sin dificultad, así que Rosa volvió al ritmo inicial porque se dio cuenta de que no se la quitaría de encima tan fácilmente.

–Si no sé nada de tu vida, ¿por qué no me lo cuentas tú? ¿Qué es lo que te hace ser tan infeliz, Rosa?

Rosa le contó a la chica del pelo rubio todo lo que le había sucedido aquel día. La chica la escuchó atentamente hasta que Rosa terminó su discurso.

–Todo eso no es tan terrible como tú crees –afirmó la chica cuando Rosa hubo acabado– Yo vivo aquí, ¿sabes? He vivido aquí siempre, y nunca me he sentido infeliz.

La expresión en el rostro de Rosa cambió. Ahora sí que la había sorprendido.

–¿Vives aquí sola? –preguntó, desconcertada.

–No vivo sola. ¿No ves que estamos rodeadas de animalitos? Las mariposas, por ejemplo. Me encanta observarlas. Y la luna... Me pasaría horas mirándola y no me aburriría. Parece mágica. Brilla tan intensamente... Así debería brillar tu sonrisa cada día. Tu madre te

quiere y te permite hacer prácticamente todo lo que deseas. Vivís en una casita preciosa en medio del bosque, sin ruido de coches, sin nadie que os moleste. Tu novio, por lo que me has dicho, debe de ser un buen chico, ¿no? Es cariñoso contigo, es guapo... Y tu mejor amiga se siente rechazada, pero es normal. Deberías tenerla más en cuenta.

No habían parado de caminar mientras conversaban, por lo que habían atravesado todo el campo de margaritas. Rosa seguía dándole vueltas a la idea de que aquella chica viviese allí sin nadie más. Las dos llegaron a una calle asfaltada. Lo único que había era una cabina telefónica. Rosa no había estado en ese lugar jamás. Todo aquello era nuevo para ella, igual que el campo de margaritas. Le pareció extraño, puesto que había vivido toda su vida en la casa del bosque y era raro que nunca hubiera visto aquellos sitios tan cercanos. La chica, de pelo tan largo como Rapunzel, entró en la cabina y llamó a alguien. Rosa se quedó fuera esperándola. Al cabo de cinco minutos llegó un chofer conduciendo un coche pequeño y con aspecto de ser muy antiguo. La chica subió al coche y le indicó a Rosa que se sentara a su lado.

—Quiero darte un pequeño regalo para que siempre recuerdes esta noche —le dijo la chica a Rosa, colocando una libreta y un lápiz en su mano.

—Tengo un montón de libretas y lápices en casa, no me hacen falta más —respondió Rosa enfadada porque esperaba un regalo más especial.

Lo sé, pero esta libreta es solo para que escribas y dibujes todos los motivos que tienes para ser feliz. Tienes que hacerlo cada día. Quiero que reserves esta libreta solo para la tarea de recordarte a ti misma que tienes gente a tu lado, buenas experiencias y buenos recuerdos que te tienen que obligar a sonreír.

Rosa entornó los ojos y se guardó la libreta y el lápiz en el bolsillo del camión. Estaba segura de que la libreta se quedaría siempre vacía porque no tenía motivos para alegrarse de nada.

—Veo que todavía no te has dado cuenta. Ya no tienes remedio, Rosa...

—Ya lo sé, mi vida no vale la pena.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

La chica hizo un gesto al chofer y el coche se puso en marcha. Se dirigieron a la ciudad donde Rosa estudiaba, donde vivían su novio y sus amigas. Llegaron a la puerta de la casa del novio de Rosa y se bajaron del coche. La chica del pelo rubio abrió la puerta sin necesitar la llave. Ella y Rosa subieron al ascensor hasta el piso de Miguel. Una vez allí, la chica misteriosa abrió la puerta de la vivienda, de nuevo sin dificultad. Rosa estaba nerviosísima, pero siguió a su guía sin rechistar. ¿Qué le diría a su chico cuando él las viera allí? La chica llegó hasta la habitación de Miguel y se apartó de la puerta, indicándole a Rosa que entrara dentro. Rosa obedeció y encontró a su novio sentado en la cama, de espaldas a ellas. Le tocó el hombro tímidamente, pues aquella tarde habían discutido y no sabía cómo reaccionaría él al verla, pero no obtuvo respuesta.

—¿Miguel?

Él no se giraba.

—Eh, ¡no me ignores! —insistió Rosa.

Entonces le sacudió el hombro y se dio cuenta de que el chico no la veía. Se puso delante de él de forma que estuvieran cara a cara, pero

él no la miraba. Miraba fijamente y con los ojos llenos de tristeza a algo que tenía entre las manos. Una foto. ¡Una foto de Rosa!

—¿Qué es lo que está pasando aquí? —gritó Rosa girándose hacia la chica- ¿Qué me has hecho?

—Solo he cumplido tu sueño. Hace un año te encontraron muerta en el bosque, una noche de agosto. Solo te he ofrecido la posibilidad de ver cómo está el mundo sin ti. Deberías agradecermelo.

—No... No, no. ¡No! Haz que todo vuelva a la normalidad, por favor. ¡No iba en serio! —Rosa volvió a mirar a Miguel. Una lágrima caía por la mejilla del chico. No podía ser. Aquello no podía estar sucediendo.

—Tienes dos opciones, Rosa. Podemos continuar con el viaje o dejarlo aquí.

—Continuemos —respondió Rosa resignada.

Las siguientes horas fueron las peores de su vida. Bueno, de su muerte, de su... existencia. Vio a su madre, que se había trasladado a vivir a la ciudad porque no había podido soportar el dolor de quedarse sola en la casita del bosque. Visitó una por una a todas sus amigas. Todas estaban durmiendo a esas horas, pero todas ellas tenían una foto de Rosa colgada en un sitio u otro de su habitación. Rosa no podía creérselo. No podía ser. Una vez en la calle, la chica empezó a hablar, evidentemente, con su tono calmado.

—Te has dado cuenta demasiado tarde de lo buena que era tu vida. Infravaloraste todo lo que tenías y ahora no te queda nada...

—¡Cállate! —gritó Rosa, empujando a la chica y dejándola caer sobre el asfalto— No puede ser, no puede ser... quiero otra oportunidad, solo quiero volver a intentarlo, solo quiero abrazar a mi madre, decirle a

mi novio que lo quiero más que a nada, ir con mis amigas a tomar un helado. Solo quiero eso...

Rosa se sentó sobre el asfalto y se quedó allí hasta que, después de llorar más que nunca, se quedó dormida.

Despertó. Abrió los ojos llenos aún de lágrimas todavía frescas y se incorporó en su cama. ¡En su cama! ¡Había sido solo un sueño! Rosa no se lo podía creer. Soltó un grito de alegría. Solo un sueño. Qué suerte... Se levantó de la cama para ir a ver a su madre y poder pedirle perdón por la discusión del día anterior. Se dio cuenta de que hacía frío en la habitación y, antes de nada, cerró la ventana. Le pareció extraño habérsela dejado abierta toda la noche, nunca antes le había pasado. Salió de la habitación y se le cayó algo del bolsillo del camión al suelo. Era un lápiz. Miró dentro del bolsillo y había algo más... ¡una libreta! La libreta que la chica del sueño le había dado. Se quedó petrificada. La abrió. Había algo escrito en la primera página.

"No te cobraré nada por el favor que te he hecho. Solo quiero que empieces a vivir. Esta vez de verdad. Te lo mereces".

El resto de las páginas de la libreta estaban en blanco, pero no se mantuvieron así durante mucho tiempo. Rosa no solo rellenó aquella libreta, sino muchas más que reservó exclusivamente a la tarea de hacerse sonreír a sí misma, la tarea más importante de la vida.

Aquel viaje había valido la pena.



El viaje de la vida

María Porrás Alcón

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Reina Sofía

¡Señoras y señores! ¡Chicos y chicas de todas las partes del mundo! ¡Abran todos bien los oídos! Esto que os voy a relatar es la historia de superación de alguien normal, es decir, el protagonista no es un héroe como en los cómics. No es más especial que otros chicos de su entorno: no es el más alto, ni el más fuerte; tampoco el más listo. Pero hay algo que lo hace único: él es el más valiente de todos ellos.

Nuestro protagonista puede que te resulte familiar:

Es moreno, rubio, pelirrojo y calvo.

Es de color negro y de color blanco.

Vive, come, duerme y respira.

Es tu madre, es tu amigo, es tu hermano.

Eres tú.

Porque todos somos valientes.

Bueno, ya tenemos protagonista y una historia que contar. Esta es mi historia. Y ahora, sin más dilación: ¡Demos paso a la función!

El viento iba arrancando una a una las lágrimas que caían por mis mejillas. Corría y corría como si quisiera evadirme de la realidad. No sabía adónde iba, tan solo sabía que llegaría. Estaba huyendo, tenía miedo. Aquella misma tarde me habían confirmado que tenía que ingresar. Siempre había sido una chica miedosa a la que todo le asustaba y, aquella vez, no era diferente.

Sin darme cuenta de adónde me llevaban mis desorientados pasos, atravesé un enorme arco de piedra en el que había grabados varios nombres. En ese momento, una ráfaga de viento sopló con fuerza en mi cara arrojándome a los ojos una arenisca dorada.

Incapaz de ver nada, tropecé y fui a caer de lleno dentro de un pozo, pero era un pozo un tanto especial. Al atravesar la capa cristalina de agua que lo cubría, aparecí en otra dimensión. Casi me atrevería a decir que en otro mundo.

El sol acarició mis párpados con ternura y abrí los ojos. Pude contemplar el paisaje más bonito que se haya visto jamás. Allí todo era más hermoso. Los árboles cantaban y susurraban cuentos fantásticos que jamás nadie ha podido escuchar. Ríos de agua cristalina con destellos de plata surcaban el laberinto de árboles de escarcha que, en aquella época, se desnudaban de sus hábitos de invierno preparándose para vestir los alegres disfraces de primavera. Varias hadas juguetonas revoloteaban y se divertían cambiando de color las flores de caramelo.

Me encontraba absorta en aquel espléndido paisaje cuando un anciano que allí residía acudió a recibirme. El hombre me observó durante un momento, me sonrió y, sin decir nada, me tendió la mano y me guió hasta su cabaña que, aunque pequeña, era muy acogedora.

El anciano encendió fuego, me dio unas toallas para que me secara

las lágrimas y me limpiase un poco el barro de la caída y me preparó un caldo caliente para que entrara en calor. Cuando terminé de be-bérmelo, el buen samaritano me preguntó:

—¿Por qué huyes?

Lo miré sorprendida.

—¿Cómo sabe que estoy huyendo?-pregunté desconcertada.

—Tienes en la mirada esa chispa de miedo del que huye -atajó con mucha seguridad mientras recogía mi cuenco de caldo.

Guardé silencio. Estaba avergonzada, todos se daban cuenta de que era una miedica aunque no me conocieran.

—Soy una cobarde -dije al fin.

—No has de avergonzarte por tener miedo. Verás, no es valiente el que no tiene ningún temor. Es valiente el que lo tiene, el que lo reconoce y, a pesar de que esté asustado, es capaz de mirarlo a la cara y enfrentarse a él.

—Pero eso es muy difícil -repliqué- ¡Es muy sencillo decirlo pero a ver quién lo hace!

—Ven conmigo -contestó con una sonrisa enigmática el anciano- Me gustaría que conocieras este mágico lugar. Nosotros, los habitantes, gustamos llamarlo nuestro "pequeño gran reino".

El anciano me guió entonces a través del laberinto de árboles hasta un pequeño lago donde se bañaba un grupo de niños.

—¿Los ves? -preguntó el anciano- ¿Ves que haya alguno diferente, que no esté jugando con los demás?

—No -respondí- Parece que todos se lo están pasando muy bien.

—Está bien. Ahora fíjate con atención: ¡Samuel! ¡Joseph! ¿Podéis venir un momento, por favor? ¡Hay alguien a quien me gustaría presentaros!

En ese momento se incorporaron dos chicos del agua. Uno, aparentemente, era como el resto de los niños. El otro no tenía extremidades, apenas medía un metro y a pesar de ello, sin ninguna dificultad, de un salto salió del agua.

—¡Buenas tardes, maestro! —contestaron los dos al unísono.

—Buenas tardes, chicos. Me gustaría presentaros a esta chica. Dice que tiene miedo y que le es imposible enfrentarse a él.

—¡Hola! Me llamo Joseph —comenzó a presentarse uno de ellos— y me gustaría contarte mi historia:

“Un día, mi abuelo nos llevó a mi hermano y a mí a la playa. A mí me encantaba el mar y nadar era mi pasión. Soñaba con convertirme en un nadador famoso y, de una vez por todas, ganarle una carrera de natación a mi hermano Alex. Él era más rápido que yo y eso me provocaba cierta envidia, pero aquel día estaba dispuesto a ganarle.

Mi abuelo me advirtió que no me alejara mucho de la orilla porque era pequeño y podía ser peligroso. Yo estaba cansado de que siempre me dijera lo mismo y no le escuché.

Comenzamos la carrera. No estaba dispuesto a que Alex me volviera a ganar. Entonces aceleré y aceleré. Lo adelanté y él, que no estaba dispuesto a perder contra alguien menor, siguió nadando con ahínco, intentando superarme. Pero yo nadaba cada vez con más fuerza, aunque a la vez me iba cansando más y más. Al cabo de un rato estaba

completamente agotado. Se lo dije a Alex pero ya estábamos muy lejos de la orilla y me faltaban fuerzas para la vuelta. Entonces, lentamente, me empecé a hundir. Cuando desperté, me encontraba en un hospital. El médico me dijo que se me habían llenado los pulmones de agua y que uno no volvería a funcionar. Sentí que el mundo se me venía encima. "¿Y ahora cómo podré cumplir mi sueño?". Además, cada vez que pensaba en el agua del mar sentía pánico, realmente lo había pasado muy mal.

Cuando mi abuelo se enteró del diagnóstico del médico apareció por el hospital y me dijo: "Joseph, mira, yo tengo dos pulmones, uno para ti y otro para mí". Quedé muy agradecido con mi abuelo, pues había sido muy bueno conmigo. La operación salió bien y pronto me recuperé.

Meses más tarde mi abuelo me llevó a la playa. Al observar que no me metía al agua me preguntó qué me pasaba y le confesé mi miedo. Él me respondió que si lo que quería era cumplir mi sueño, tenía que enfrentarme a él. Yo estaba espantado, veía el mar como una pesadilla.

Lo hice por mi abuelo. Pensar en el gesto tan generoso que había tenido donándome su pulmón me dio fuerzas para enfrentarme a mis temores".

—Y ahora, mírame —añadió el chico— Me meto y juego en el agua como los demás.

—¡Es asombroso! —dije boquiabierto.

—Has de tener valor y enfrentarte a tus miedos, como Joseph —continuó Samuel— A mí, como verás, me faltan las cuatro extremidades. No fue fácil para mí cuando me dijeron que me las tenían que ampu-

tar. Pasé mucho miedo: a no poder hacer las cosas que hacen los otros chicos, no poder valerme por mí mismo... en fin, no poder llevar una vida normal. Cuando me las cortaron pensaba que no sería capaz de adaptarme, de tener esta vida. Había días que me parecía imposibles y momentos en los que me compadecía. Pensaba: "¿Por qué esto me tiene que pasar precisamente a mí?" Echaba de menos mis piernas y brazos, los necesitaba. Y ahora, mírame. Soy feliz, puedo pasármelo bien con otros chicos, puedo hacer una vida normal.

—Eres muy valiente Samuel —acerté a decir con los ojos como platos.

Era asombroso cómo se habían enfrentado los dos al miedo y cómo lo habían vencido. Y ahora eran muy felices.

—¿Ves? —preguntó con dulzura el anciano— Ellos tenían miedo. Incluso ahora, en ocasiones, lo siguen teniendo. Vamos, aún te tengo que presentar a alguien más. ¡A nuestra querida reina! —exclamó con una dulce sonrisa.

El anciano, con un silbido, llamó a un oso polar. Nos subimos a su lomo y cabalgamos hacia un enorme palacio de cristal.

Cuando se abrieron las puertas del palacio, me quedé anonadada con la belleza de la reina.

—Es la más bella entre las bellas. Su hermosura no es comparable a la de ninguna otra reina —me susurró al oído el anciano sin apartar su mirada de admiración de aquella magnífica visión.

Ella tenía la tez blanca, los labios carnosos de color rojo pasión, grandes ojos almendrados rodeados de un gran surco de pestañas negras que hacían de su mirada la más bonita del mundo, y sus mejillas eran sonrojadas. Sin embargo había algo que llamaba mi atención

en aquella espléndida belleza: no poseía pelo. No obstante, era más bonita que ninguna, como bien había descrito el anciano.

Me sonrió y pasó a presentarse:

—Hola, me llamo Aragne y soy la reina de estos parajes. Sé que si estás aquí es por miedo pero no debes preocuparte, todos tenemos algún temor oculto. Cuéntame por qué huyes.

—Pues estoy huyendo -comencé titubeando- porque me asusta que me ingresen, estar varios meses sin salir de un hospital. Me da miedo no ser capaz de no comerme toda la comida que me asignen los médicos y, por lo tanto, no poder salir nunca de allí. Tengo miedo a no sentirme bien con mi cuerpo, a verme fea y volver a perder peso y, así, tener que ingresar otra vez.

—Huir no es la solución. Al contrario -dijo dulcemente Aragne -tener miedo es lo normal, no es de cobardes. Enfrentate a él y sé valiente. Hay cosas más importantes que tu aspecto que te están esperando. La apariencia física no lo es todo. Mírame, he padecido cáncer y continúo con él. No tengo pelo pero no me importa, porque la belleza está en los ojos de quien mira. Y a mí los habitantes de este reino me miran con amor. Sé tú misma y cree en ti. Eres única y preciosa. Mira en tu interior y descubrirás la belleza. Y ahora ve y demuestra todo lo que vales. La vida te espera allí, emprende este viaje hacia ella, sé fuerte. No es fácil, el viaje a través del miedo es duro. "Es imposible", te dirá el orgullo. "Es arriesgado", te dirá la experiencia. "Avanza", te susurrarán el corazón y las ganas de vivir. No te rindas. Habrá momentos en los que todo esté negro, pero piensa que si esto fuera fácil ya lo habría hecho cualquiera. Recuerda que no hay nada bajo el sol que no tenga solución. Cúrate, tu vida es importante y lo demás está de más.

En ese momento sentí que una energía positiva se apoderaba de mí, una energía de superación.

Y entonces corrí.

Corría y corría atravesando el miedo en un viaje hacia la vida. Esta vez sí sabía adónde iba y estaba segura de que llegaría. Llegaría a curarme.

Siempre había sido una chica miedosa a la que todo le asustaba, pero aquella vez... Aquella vez sería diferente. Aquella vez iba en la dirección correcta, iba a plantarle cara al miedo. Y no sólo eso, aquella vez iba a vencer.

Y corría. Cada vez me sentía más agotada pero a la vez más fuerte. Estaba cansada pero tenía la inercia suficiente como para seguir adelante, seguir luchando.

Poco a poco iba ganando la batalla contra el miedo y a la vez me iba encontrando, iba encontrando mi interior, lo que verdaderamente me hacía bella.

Corriendo atravesé una fina cascada de agua y, para mi sorpresa, aparecí bajo el arco de piedra que había traspasado antes de llegar a ese pequeño gran reino. En ese momento no me di cuenta, pero cuando atravesé el arco corriendo con rumbo hacia mi curación, por arte de magia se grabó mi nombre en él, en el arco de los valientes.

Ahora lo entiendo, ese pequeño gran reino es "la valentía". Parece mínima, algo insignificante, pero en verdad es lo que nos hace fuertes, grandes, y lo que nos impulsa a emprender ese gran y duro viaje, un viaje que no siempre es fácil, un viaje con baches y días de lluvia en los que no puedes ver el sol, pero has de tener valor en él: El viaje de la vida.



El sueño de Eduardo

Ángeles Ramírez del Valle

C.P.E.E. Hospital General Universitario Gregorio Marañón

Las cajas ya estaban embaladas. Todo estaba listo y preparado para la mudanza, aquella mudanza que tanto odiaba Eduardo.

Entre quejas y múltiples réplicas, Eduardo subió al coche que iba rumbo a su nuevo hogar. Su madre, desolada, intentaba convencer a su hijo de que su nueva casa era un lugar hermoso y lleno de sitios que explorar, porque Eduardo era un gran explorador. Efectivamente, la idea de explorar despertó gran interés en él.

Por fin, tras varias horas de viaje intenso, Eduardo y su madre llegaron a MontanVillage, un lugar exótico rodeado de árboles de hoja perenne, arbustos diminutos y animales realmente adorables.

La casa nueva casa de Eduardo era enorme, con una gran fachada blanca como la nieve, ventanas amplias en forma de arco y un enorme jardín adornado con un par de columpios y una fuente de mármol.

—¿Lo ves, cariño? Este lugar es precioso —dijo la madre de Eduardo.

—¿Y mis amigos? ¿Y la escuela? ¡Este lugar no me gusta! —replicó.

Eduardo y su madre sacaron las cajas del enorme camión de mudanzas y, en un par de horas, habían colocado gran parte del mobiliario.

Aquella noche Eduardo no pudo conciliar el sueño. No paraba de pensar en su antiguo barrio, en sus amigos, en su maestra, la señorita Dorothy, tan dulce como un trocito de algodón. Hasta se acordó del pequeño perro que veía cada vez que iba a la escuela.

Al día siguiente la madre de Eduardo preparó unas deliciosas tortitas para desayunar. Eduardo bajó rápidamente al oler el aroma de su manjar favorito y devoró el alimento cual león hambriento. Al terminar decidió salir al enorme jardín para disfrutar a sus anchas de los columpios. Era un niño muy juguetón. Las aventuras eran su gran pasión, pero ahora se sentía demasiado solo. Su casa estaba a las afueras del pueblo y no conocía a ningún niño con el que jugar.

De repente algo le sobresaltó. ¡Era una ardilla!

—¡Me encantan las ardillas! —exclamó con euforia Eduardo.

La ardilla, alarmada, salió corriendo hacia el bosque cercano a su casa y Eduardo decidió salir detrás de ella.

—¡Vuelve ardillita, vuelve! ¡Regresa! —suplicó el muchacho.

La ardilla, astutamente, hizo caso omiso a las súplicas del chico. Eduardo siguió a la pequeña ardilla hasta que la perdió de vista.

—¿Dónde estoy? —se preguntó alarmado.

De repente, una brisa cálida envuelta de un aroma fresco lo arropó hasta dejarlo anonadado. Eduardo alzó la vista al frente y contempló el lugar más bello y asombroso que jamás había visto: lleno de sauces

llorones de color malva, fresnos de color dorado, robles de color rosa y cipreses de color azul turquesa.

–¡Asombroso! -exclamó- ¡Árboles de colores! -continuó gritando.

Era algo tan increíble que el chico se quedó sin palabras. Paso a paso, la textura del suelo se fue transformando. Antes podía pisar la suave y blanda hierba y notaba como sus pies se hundían ligeramente en el césped. Un paso más y Eduardo, sin darse cuenta, se encontró ante un suelo de cristal. Puro cristal reluciente.

–¡Imposible! ¡Un suelo de cristal! -chilló enérgicamente.

Atónito ante el majestuoso y bellissimo lugar, Eduardo había hallado lo que siempre había soñado, un lugar mágico descubierto por un gran explorador.

Eduardo contempló su reloj, una reliquia que había pertenecido a su abuelo. Era de oro reluciente y tenía pequeños brillantes alrededor. Cada vez que miraba aquella maravilla se acordaba de las palabras de su abuelo, unas palabras sabias y con muchos conocimientos. Su abuelito era una gran persona con un gran corazón.

El muchacho miró la hora de su pequeño gran tesoro y dio un brusco salto.

–¡Las diez y media! ¡Mamá me reñirá como no llegue pronto a casa! -exclamó.

Rápidamente, Eduardo dio media vuelta y puso rumbo a casa. Corrió tan rápido como una gacela, atravesó el ayuntamiento. Seguidamente, la panadería de Pedro. Cruzó la calle Millote y, unos minutos después, se encontró frente a su casa.

Las luces del salón principal estaban encendidas, las del porche

también. Eduardo tragó saliva y, despacio, giró el pomo de la puerta principal y la abrió. Una vez dentro, su corazón latía tan rápido que podía escuchar sus propios latidos.

Y es que a Eduardo nunca le gustó que su madre le riñera, era algo que no soportaba oír. Cuando llegó, recibió una buena charla como era de esperar, pero lo único que él quería era meterse en su pequeña y blanda cama y repasar la gran aventura y los sucesos memorables que había vivido ese día.

Cuando Eduardo cerró sus ojos color miel solo pudo ver el magnífico lugar donde había estado. Divisó la naturaleza envuelta en magia. Seguidamente se preguntó: "¿Habrán más gente allí? ¿Seré el primer explorador en descubrir aquel lugar?" Sus dudas y preguntas aumentaban cada vez más. La idea de ser el único habitante en descubrir esa pequeña reliquia le agradaba pero, quizá por algún motivo, alguien más pudo estar allí.

No podía esperar más. Era incapaz de aguardar sus deseos de explorar y hallar lugares cual diamantes en bruto. Decidió que al día siguiente cogería el kit de explorador que le había regalado su padre las navidades pasadas e iría a explorar más a fondo aquel lugar. Al fin y al cabo, era un pequeño explorador con grandes dotes para explorar.

Toby, el perrito de Eduardo, se acurrucó en la cama del chico haciéndose una bolita, parecía una pelota de nieve. Eduardo lo abrazó con cuidado y se dijo a sí mismo: "Mañana será un gran día". Acto seguido, cayó rendido en su cama.

A la mañana siguiente, Eduardo saltó de la cama de un gran salto que casi hizo que rozara el techo. Ilusionado, a la vez que nervioso, diseñó un plan para engañar a su madre y poder ir a explorar al bosque. Como era verano, su madre le mandaba realizar tareas del colegio.

Bajó las escaleras silenciosamente y llegó a la cocina. La madre estaba preparando huevos revueltos con bacon y zumo natural para desayunar y un delicioso aroma inundaba toda la casa.

–Ejem, esto... ¡Buenos días, mamá! Quería preguntarte algo –dijo tímidamente.

–¿Qué quieres, cielo? –respondió.

–Fernando me ha invitado a estar todo el día en su casa. Vamos a jugar en su jardín a ser exploradores. Me llevaré el kit de explorador y por supuesto Fernando también llevará el suyo. Necesito tu permiso, ¿me dejas mamá? –preguntó Eduardo.

–No veo por qué no. Ve y pásalo bien, ten cuidado y, por favor, no hagas tonterías.

–¡Gracias mamá! ¡Eres estupenda! –dijo Eduardo dándole un beso en la mejilla a su madre.

El chico se dirigió a su habitación y preparó de todo: comida, ropa, un par de linternas... En conclusión, un verdadero kit de explorador.

–¡Listo y preparado, explorador! –gritó enérgico.

Se colgó la mochila a los hombros, se despidió de su madre, que no tenía ni remota idea de a dónde iba a ir su hijo, e inició el camino al lugar mágico.

Nada más llegar, la misma cálida brisa le acarició la piel. Allí estaban las mismas obras de arte naturales, el mismo suelo reluciente de cristal... De repente algo se movió.

–¡Otra vez tú, ardillita! ¡Ven aquí! –exclamó.

El muchacho siguió a la ardilla hasta que llegó a un río donde el

agua era de color rosa, un rosa precioso. Eduardo, atónito ante tal belleza natural, decidió seguir explorando hasta que algo le llamó la atención. Era una barca de color verde esmeralda. Preciosa. El color favorito de Eduardo.

Sin pensarlo dos veces, el muchacho se subió a la barca y gritó a los cuatro vientos:

—¡Todos a bordo, mi capitán!

De repente, la barca se empezó a mover sola y avanzó con firmeza por el río. Eduardo estaba disfrutando de un viaje mágico. Pudo observar que las estrellas caían del cielo y que el sol brillaba con un tono dorado mucho más intenso y llamativo de lo habitual. Pudo observar los cipreses azules, los sauces llorones de color malva, los fresnos dorados y todo tipo de árboles bañados por los colores más hermosos del mundo.

La barca seguía su camino, el viaje continuaba. Un viaje exquisito e inigualable que solo Eduardo podía disfrutar. Se respiraba un ambiente puro y agradable, tan agradable como la Sierra de Madrid.

De repente, sin darse cuenta, Eduardo se estaba aproximando hacia una cascada, una cascada que soltaba aguas de colores, aguas mágicas con sirenas y peces de colores llamativos. La barca se deslizó sobre el agua y Eduardo, agarrado fuertemente la barca, se quedó sorprendido al ver a una sirena bella y elegante.

—¡Un humano! ¡Eres un humano! —exclamó la sirena.

—¡Y tú...tú...tú eres una sirena! —exclamó aún más fuerte Eduardo.

—¿Dónde estoy?—preguntó el chico.

—Estás en Aron, un país donde la belleza natural es algo principal, como puedes ver —contestó la sirena.

—Este sitio es increíble. ¡Eh! ¡Espera! ¡Un momento! ¡Mi barca se va sin mí! Lo siento, pero he de despedirme —exclamó el chico mientras corría para coger la barca.

Eduardo se subió a la barca y el viaje continuó. Pudo divisar criaturas que le saludaban al pasar, sirenas que chapoteaban en el agua e incluso un delfín que hacía piruetas en el aire.

La barca se paró en seco. La historia se terminó. Eduardo ya no estaba en aquel lugar mágico tan hermoso. Abrió los ojos, lentamente, pues le costaba enfocar un punto fijo. Cuando al fin enfocó la vista, vio a su madre llorando y diciendo palabras que no podía escuchar con atención. Eduardo había despertado del coma.



Memorias de un viaje especial

Teresa Pérez Piqueras

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Todo comenzó hace muchos años en la aldea de Sabala. Por aquel entonces rondaba el año 999 y todo el mundo andaba inquieto de aquí para allá. ¿Por qué?, te preguntarás... Pues porque el fin del mundo se acercaba tal y como había anunciado la iglesia. Mil años después del nacimiento de Cristo el Anticristo volvería y todo acabaría, aunque yo no le hacía mucho caso a esas tontas supersticiones.

En aquella época yo era una chica de unos dieciocho años y, como tal, estaba soñando despierta todo el día con viajes interminables y maravillosas aventuras. Pero claro, como acabo de decir, solo eran sueños y la vida real me esperaba, así que me encaminé a la herrería para ayudar a mi padre con el trabajo.

Cuando entré vi que no estaba sólo y me dispuse a marcharme para que él pudiera hablar tranquilamente con aquel hombre. Pero mi padre se percató de mi presencia:

—Hija, estás aquí, te estábamos esperando. Este es Carlos y quiere hablar contigo de algo importante.

Antes de que mi padre siguiera hablando cogí al chico del que no sabía nada y le dije:

—Vamos, Carlos, te estaba esperando. ¡Adiós papá!

Salimos afuera y, cuando estuvimos lo suficientemente lejos, Carlos empezó a hablar sin dejar que le preguntara nada.

—Chica, tengo que decirte una cosa y es muy importante que no me interrumpas...

—¡Chica no! Tengo nombre y es Sabana.

—No me importa tu nombre, mi misión es mucho más importante que eso. Escucha, me envía mi señor: Félix de Uska. Necesita que le ayudes a detener una guerra entre nuestros reinos: el reino en el que se sitúa Sabala (Usna) y el reino de Uska.

Los dos reinos de los que me hablaba se parecían tanto en el nombre debido a que sus gobernantes eran hermanos. Me quedé sorprendida con la noticia, pues los reinos de Uska y Usna eran famosos por sus buenas relaciones pero, de todas maneras, si estas relaciones se rompían, ¿qué podría hacer yo para impedirlo?

Antes de que pudiera pensar en todo lo que me acababa de decir, el chico siguió con su relato.

—¿No te has preguntado nunca por qué de pequeña te dejaron abandonada en la puerta de la herrería? Tu madre te quiso salvar del destino que te aguardaba: eres la princesa de Usna, tú eres la legítima heredera del rey Fernando de Usna y tu destino es evitar la guerra de nuestros reinos casándote con el príncipe Gabian de Uska.

La noticia me cayó como un jarro de agua fría. ¿Casarme yo? ¿Con un desconocido? ¡No podía ser verdad! Y encima era una princesa...

Era verdad que de niña me habían dejado en la puerta de la herrería, pero.... ¡un momento! ¿Cómo podía saberlo ese chico? Antes de que pudiera preguntarle nada, él dijo:

—Tenemos que ponernos en marcha ahora mismo o si no mucha gente inocente morirá. Además nos queda un largo viaje hasta Uska. Tendremos que atravesar las colinas verdes de Usna y más rutas peligrosas.

Cuando oí eso mi corazón se aceleró. Iba a salir de Sabala. Realizaría un viaje extraordinario y encima peligroso. Viviría mil aventuras... Asentí positivamente con la cabeza, pero después dije:

—No puedo irme ahora mismo, tengo que llevarme ropa y otras cosas. ¡Y debo despedirme de mi padre!

—Está bien, partiremos al amanecer —contestó él.

Me despedí del chico deseando que mis anhelos de aventura no me hicieran cometer un error.

Al día siguiente dejé una nota para mi padre en la herrería. En ella expresaba mi agradecimiento por todo lo que había hecho por mí. Eché un último vistazo a mi habitación y me encaminé al punto de encuentro pactado.

Partimos hacia el nordeste por la gran llanura de Curt. Creo que no puedo describir el paisaje tan maravilloso y exótico ni lo que sentí en aquel momento, aunque lo intentaré. Aquella no era una llanura cualquiera, sino que estaba llena de árboles de enormes troncos, altos como tres iglesias. Las flores eran de colores pálidos, como el azul y el blanco. Los animales que habitaban allí eran preciosos, vi varias ardillas en libertad que me parecieron tan esponjosas como las mismas nubes. Pero lo que más me sorprendió de todo fueron las

pedras que había en el suelo. Sí, como lo oís, eran muy extrañas, de colores vivos y brillantes como si de rubíes se trataran. Le pregunté a Carlos por qué no se utilizaban esas pedras para hacer joyas o alhajas y él me dijo algo que me dejó extrañada:

—Cuando estás pedras se cortan o tallan desaparece su brillo y su color y se convierten en rocas normales y corrientes.

Seguimos viajando hasta el anochecer y empecé a pensar cómo hacerle preguntas a Carlos sin mostrar claramente en ellas mi desconfianza. Acampamos justo al final de la extensa llanura desde la que se atisbaba un panorama bellissimo y me pregunté por qué la gente viajaba tan poco. Desde allí se veían las grandes cordilleras de Usna, las colinas verdes y el bosque de Naska (se llamaba así porque era la frontera entre nuestros reinos).

En ese instante me di cuenta de que no había comido nada en todo el día y se me ocurrió que era una buena excusa para iniciar una conversación, más bien un interrogatorio, con el tal Carlos.

—Bueno, ¿vamos a cenar algo o esto es una carrera para ver quien muere antes de hambre?

Quise ser graciosa con ese comentario, pero me di cuenta de que él me miró con cara de dejadez mientras seguía montando la tienda. Aún así, me dijo:

—Cenaremos unas cuantas bayas que encontremos por aquí. Yo las recogeré porque seguro que tú no sabes cuáles son venenosas. Mientras, tú buscarás leña. Nos veremos aquí dentro de una hora.

Dicho esto, se fue. Me levanté y fui a buscar la leña pensando que, cuando volviera, tendríamos otra oportunidad de hablar.

Al regresar, Carlos ya me estaba esperando. Traía con él agua, además de las bayas. Creo que aquella noche comí más que nunca en mi vida. Tenía un hambre de seis semanas y estaba cansadísima y con el culo dolorido por el caballo. Cuando las bayas se acabaron me sentí llena y con ganas de dormir, pero Carlos parecía absorto en sus pensamientos, los cuales parecían tener más importancia que el descanso. Entonces me atreví y empecé a hablar:

—Tengo muchas dudas sobre esta misión, sobre mí y sobre ti -él se dio la vuelta y me miró- Comprenderás que tenga dudas, ¿no? Necesito saber más de toda esta historia y de este lío. Por ejemplo, ¿por qué los reyes de Usna me abandonaron? ¿Por qué me vienes tú a buscar y no un guardia real? Y sobre todo... ¿Por qué te envía el rey de Uska si mi padre es el rey de Usna?

Cuando terminé de hablar sentí que me había quitado un peso de encima. Después de un tiempo que se me hizo interminable, Carlos me contestó:

—Cuando lleguemos a la capital te lo contaré todo con la ayuda de tu padre y de mi señor. Hasta entonces no puedo explicarte nada.

Me quedé alucinada. Había puesto toda la confianza en él accediendo a realizar aquel viaje tan descabellado y resultaba que no me podía contar nada. Estaba enfadada e iba a gritarle un millón de improperios cuando me di cuenta de que ya se había ido a dormir. Estuve dándole vueltas al asunto media hora más y después me dormí profundamente.

A la mañana siguiente me desperté sobresaltada por unos ruidos estruendosos justo a mi lado. De repente, unas manos me cogieron fuertemente y, antes de que pudiera reaccionar, me tenían amordazada y me habían vendado los ojos. Intenté liberarme de aquellas cuer-

das pero estaban demasiado fuertes. Noté que me levantaban y forcejeé con más fuerza pero los agresores, al ver que ofrecía resistencia, me pusieron algún unguento oloroso en la nariz y sucumbí en un gran sopor. Cuando desperté ya no tenía los ojos vendados y estaba subida a lomos de un caballo. No me moví para no alertar de mi despertar a los bandidos. Pero entonces me di cuenta de que allí solo estaba Carlos, así que me relajé. Él notó que yo estaba despierta y me dijo:

—Lo que ha pasado hoy demuestra que te digo la verdad. Esos eran los enviados de Rodolfus para secuestrarte. Intentaban conseguir que no te llevara a la corte. Hemos tenido suerte. Ahora creo que te debería haber contado todo desde el principio. Perdona que haya sido brusco contigo pero estoy muy intranquilo con la situación entre los reinos.

En ese momento supe que podía confiar en él, en ese chico extraño que había llegado hacía sólo dos días a mi vida y la había desordenado por completo. ¿Por qué lo supe en ese momento? Porque él se había abierto conmigo. Tras estos pensamientos le dije:

—Gracias por sincerarte conmigo y por salvarme.

No nos dirigimos palabra en la hora siguiente y le agradecí eso, pues me dio tiempo a pensar y disfrutar del maravilloso viaje. Nos adentramos en las cordilleras de Usna. No son como las que tú conoces, son todas puntiagudas y la punta de cada montaña tiene un color diferente, que le da nombre. Por ejemplo desde mi punto de vista se veían las puntas roja y azul, es decir, se veían las montañas Roja y Azul. También podía observar el cielo azul brillante, sin una sola nube que lo tapara, y a los pájaros de distintos colores surcándolo. A mí el pájaro que más me gustó fue el colibrí soleado, que era de color amarillo, de ahí su nombre.

Pronto pasamos la cordillera, pues no abarcaba mucho terreno, y nos adentramos en la Planicie Sin Nombre. Se llamaba así porque nadie había sabido como nombrar aquel grotesco lugar completamente desértico. No se atisbaba ningún árbol en el horizonte pero, sobre todo, no había ningún rastro de vida. De repente el sol no me pareció acogedor sino una fogata en pleno verano que me abrasaba la piel. Cuando al fin cayó la noche los caballos ya no podían más y acampamos en ese desértico e inerte paraje.

Desperté ya al mediodía y Carlos seguía durmiendo. Lo contemplé un instante. Lo cierto es que era un muchacho atractivo con su pelo moreno y sus ojos verdes. Me di cuenta de lo extraño de mis pensamientos y me dije: "¿Qué se supone que haces, Sabana? Para, que luego te vas a arrepentir. Es solo un desconocido". En aquel momento él se despertó. El sol iluminaba su cara dibujando reflejos dorados en su pelo moreno. De repente me acordé de algo muy importante: Carlos no había contestado a ninguna de las preguntas que le había formulado y, claro, también me habían surgido nuevas dudas sobre quién era ese tal Rodolfus o por qué quería atraparme. Él se levantó y me dio agua y algunas bayas que yo agradecí con gusto. Fue entonces cuando hablamos largo y tendido para intentar conocernos mejor. Cuando no pude aguantar más, le pregunté:

—¿Me responderás a todas las preguntas que te formulé ayer?

Al principio me miró con cara de pocos amigos, pero después pareció que se lo pensó mejor y contestó:

—No te lo quería contar hasta que llegáramos, pero el ataque de hoy no me ha dejado otra opción. ¿Qué quieres saber?

Pensé en todas las dudas que turbaban mi mente y las enumeré de menos a más importantes.

—Lo primero: ¿quién nos persigue y por qué? ¡Y quiero una biografía completa! En segundo lugar: ¿por qué vienes tú a recogerme y no un guardia real? Y por último: ¿qué disputa hay entre los reyes de Uska y Usna?

Él me contempló con cara muy seria, probablemente pensando cómo explicar la situación en una sola historia.

—A la primera pregunta, su nombre es Rodolfus y es el hermano menor de los dos reyes gemelos. Él ha infundido la desconfianza entre ellos diciéndoles que mi señor Félix te mató para que su hermano, el rey Fernando, no tuviera herederos. Al saber esto mi señor me envió a buscarte y, para asegurar a su hermano que nunca lo iba a traicionar, pactó la alianza de su hijo contigo en sagrado matrimonio. Respondiendo a tu segunda pregunta, mi señor no confía en mucha gente de su guardia en estos momentos porque cree que éstos pueden estar aliados con su hermano menor, Rodolfus. Así que ha preferido mandarme a mí, su más leal guardián, a buscarte y llevarte a la corte de Usna, donde tu padre y mi señor te estarán esperando. Y ya está, ésa es toda la historia, pues a la tercera pregunta ya te he respondido antes

Me quedé pensando en todo lo que había dicho mientras observaba el paisaje árido y sin vida, preguntándome si alguna vez allí habría habido algo más que un desierto inerte. Pero esa pregunta no me rondó mucho la mente pues tenía otros asuntos mucho más importantes de los que preocuparme, como por ejemplo cómo iba a casarme yo con un completo desconocido del que nunca había oído hablar. Estuve pensando varias horas si no habría otra manera de solucionar las disputas sin tener que casarme. De repente mis pensamientos se vieron interrumpidos por Carlos, que ya había preparado los caballos y me estaba esperando para partir.

Atravesamos por fin la árida e inerte planicie y nos adentramos en las colinas verdes de Naska, hermosas como una acuarela sin ninguna imperfección. Las colinas no eran muy extensas y cada una de ellas era de un tono verde diferente, como si al pintar un cuadro se te hubieran acabado los colores y pintaras con otros parecidos. Solo tardamos medio día en atravesar las colinas y, cuando llegamos a la cumbre de la última colina, vislumbramos la capital.

Era la primera ciudad que visitaba en mi vida pero, en cuanto entré, deseé volver a salir. La ciudad era angustiosa, con calles estrechas y muchísima gente alrededor. No nos paramos en ningún lugar, lo que no me desagradó. En un momento estuvimos delante de las puertas del castillo de Uska. Entramos en él sin muchos miramientos, pues nos esperaban en la sala del trono. Por fin llegué ante las puertas de bronce, vi a tres hombres discutiendo y supuse que serían mi padre y mis dos tíos. Cuando entré se hizo el silencio y los tres me miraron.

En un momento se formó una revuelta y todos los guardias se dirigieron hasta Rodolfus para encarcelarlo. Le contamos todo nuestro viaje al rey de Uska y al de Usna (mi padre) y cuando acabamos la historia se tendieron la mano en son de paz. Ya era de noche, así que me fui a descansar para el banquete que se celebraría al día siguiente. Sin embargo algo me rondaba la cabeza, ¿dónde estaría el famoso príncipe Gabian?

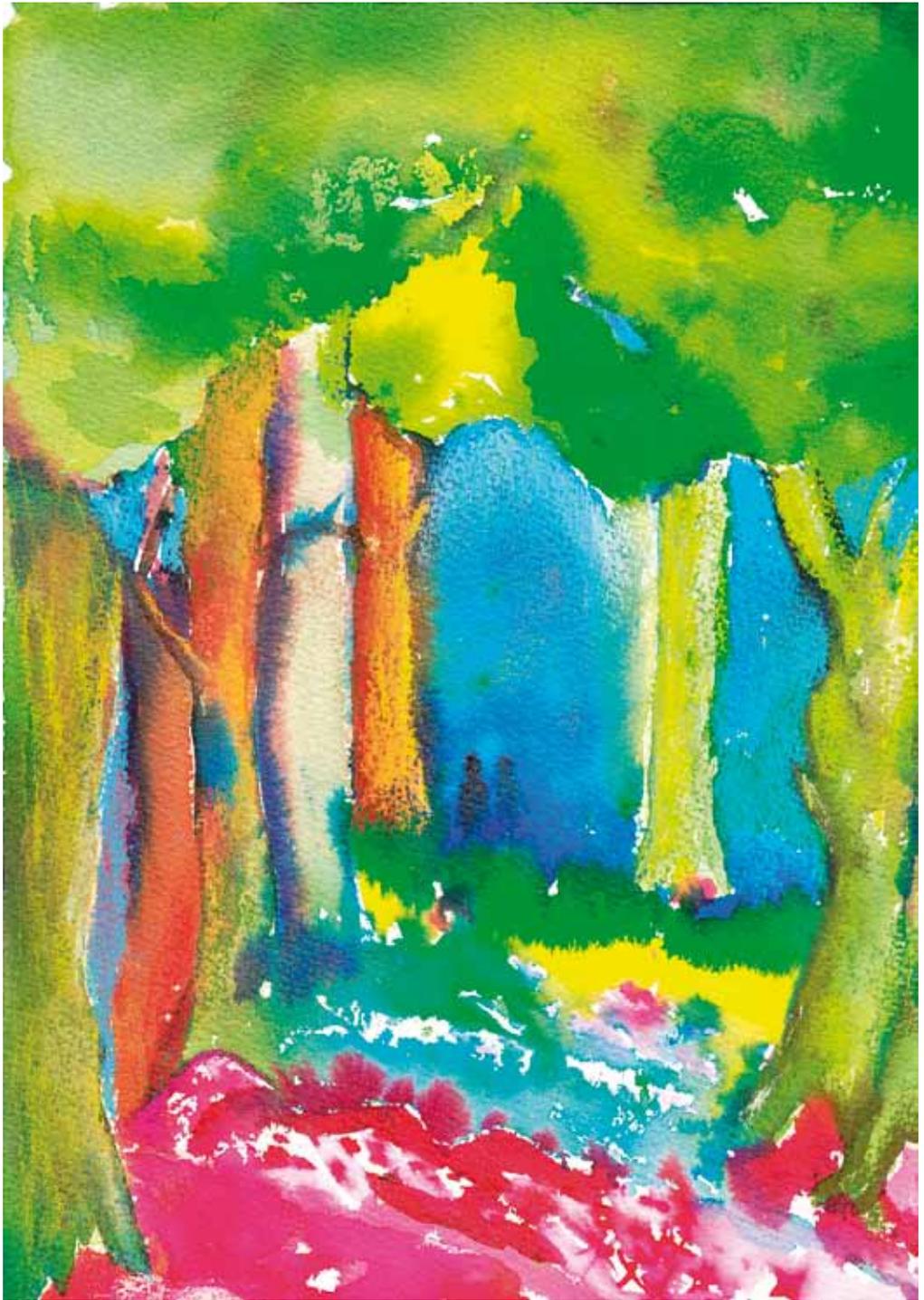
Cuando llegué a mi habitación, había alguien dentro. Parecía un chico joven y alto, vestido con ropas nobles. Supuse que sería el príncipe, pero cuando se dio la vuelta no me lo podía creer... ¡era Carlos! Entonces él me dijo:

—Siento no habértelo contado antes, Sabana, pues tenía que mantener mi identidad en secreto por tu bien. Antes de confirmar tus

sospechas te diré que a lo largo de este viaje mis sentimientos hacia ti han ido cambiando y, aunque sé que es un poco precipitado y poco cortés, también me pareció ver esos mismos sentimientos en ti y espero que no me confunda. Una vez dicho esto te diré lo que estas pensando: sí, soy el príncipe Gabian, siempre lo he sido. Y te diré otra cosa: que puedo afirmar con toda certeza que te quiero, Sabana de Usna.

Aquella noticia me dejó sin habla. ¡Carlos era Gabian!

Aquel momento fue el más feliz de todo aquel viaje. Me desbordé de la emoción... ¡sentía que podía hacer lo que me propusiera! Le sonreí, él me sonrió y, sin decir palabra, nos besamos con una dulzura y amor que no quise que acabara nunca. Y bueno... lo de siempre: vivimos felices y comimos perdices. Pero lo más importante de aquel viaje es que aprendí a valorar lo que tenía, empecé a valorar sentimientos que nunca había tenido y aprendí que lo más maravilloso de un viaje no es la distancia que recorras ni los lugares en los que estés, lo importante es lo que te aportan cada uno de ellos.



Okami

Clara Kassandra González Ortiz de Zárate

C.P.E.E. Hospital General Universitario Gregorio Marañón

Cuando era pequeña acostumbraba a pasear sola por los pasillos del colegio en las horas de recreo. Me asomaba a los grandes ventanales y observaba en silencio a los otros niños, que reían y gritaban, absortos en sus juegos.

Mi mayor deseo era, como el de cualquier niña normal, formar parte de uno de esos grupos de alocados críos que corrían por el patio. Sin embargo, yo no tenía amigos, por lo tanto no me quedaba más remedio que tomarme sola el sándwich que me preparaba mi madre.

Una tarde calurosa de viernes, casi entrando el verano, yo estaba asomada a la ventana contemplando los juegos de mis vecinas, en los que pocas veces participaba. Ya fuera por una excusa o por otra, la cosa es que nunca llamaban a mi puerta para invitarme.

Mi vecina Elisa corría a cuatro patas y simulaba ser un caballo salvaje mientras mis otras vecinas, Ana y Laura, trataban de atraparla. Me pareció el juego más magnífico del mundo y al momento quise formar parte de él. Bajé corriendo las escaleras y, despidiéndome de mi madre, salí a la calle. Recuerdo que mis vecinas frenaron en seco

al verme y, tras cuchichearse algo al oído, salieron corriendo en dirección al parque. Yo no necesitaba más que eso para saber que no era bien recibida así que, sin decir palabra, volví a llamar al timbre para entrar en casa.

Me senté en la cama apretando los dientes y aguantando las lágrimas. Cogí libros de mi mesa y los lancé al otro lado de la habitación, enrabieta. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué no tenía ningún amigo?

Estaba furiosa pero no quería estropear nada más. Fui a recoger con calma los libros, acariciando las tapas y colocándolos en sus respectivos estantes. Me senté de nuevo, crucé las piernas y cerré los ojos. Aquella fue la primera vez que viajé a Okami. Kilómetros y kilómetros de prados verdes, bosques frondosos, lagos y pantanos. Corrí, salté, nadé. Todo era mágico, era increíble, era mi mundo.

No pude explorarlo demasiado debido a que mi madre llamó a mi puerta a los pocos minutos, pero yo sabía que debía volver, era mi sitio. Pertenece a ese lugar como nunca había pertenecido a otro. Sabía que allí, hubiera lo que hubiera, sería feliz.

Aquella misma noche volví a entrar a Okami. El lugar donde aparecí me resultó extraño pero a la vez conocido. Se trataba de un pequeño bosque de pinos altos como rascacielos, muy separados entre ellos. Comencé a caminar hacia delante, tentada por los sonidos y los olores que se mezclaban en el ambiente. Escuché un río y me dirigí hacia él. Atravesando un puente (no sin antes comprobar los tipos de peces que había en el río), divisé algo extraño a lo lejos, algo enorme que destacaba en el paisaje. Me acerqué. El árbol debía medir mil metros, o al menos eso parecía. Sus ramas caían hacia abajo, presentando un manto de hojas que rodeaba al árbol como si fuera un

escondite. Aparté las hojas y entré adentro. El pequeño microclima que había en su interior me sobresaltó, pero más lo hizo el pequeño hueco que tenía el gran árbol en su tronco. Escuché ruidos y por un momento tuve miedo. Quise salir corriendo pero la curiosidad era mayor y, como decía yo siempre, imitando a mi padre: "La curiosidad mató al gato, pero murió sabiendo."

Me acerqué lentamente al agujero del tronco con el corazón en un puño. Fue grata mi sorpresa al descubrir una camada de cachorros de lobo, aparentemente solos, que gemían y ladraban, probablemente buscando a su madre. Acerqué la mano hacia uno de ellos y le acaricié el pelaje. El cachorrillo me mordisqueó la mano, juguetón. Entonces comprendí que aquellos cachorros estaban solos, que nadie cuidaba de ellos, como nadie cuidaba de mí.

Abrí los ojos de golpe. De nuevo en mi habitación, la cama hecha, la estantería repleta de libros y el piano encendido. Me levanté para apagarlo. Jugué un rato con mis peluches pero mi cabeza no conseguía dejar de pensar en aquellos lobitos que había dejado en aquel extraño mundo que había creado en mi cabeza.

Cogí papel y lápiz y tracé un mapa. Dibujé las zonas exploradas de Okami y las zonas que aún faltaban por explorar. Situé el árbol-cortina (más adelante supe que se trataba de un sauce llorón) y su escondrijo en el centro de la hoja. Luego me senté en la cama, cerré los ojos y viajé de nuevo apartando el mundo real, a mis ojos, innecesario.

Me situé en el mismo lugar en el que había aparecido la primera vez. Corrí, recordando el camino hasta el sauce, y entré. Esta vez los lobos me reconocieron y se tiraron encima de mí, suplicando cariños. Salí del sauce con los animalillos pisándome los talones y comencé a recorrer el camino hacia el suroeste, una zona desierta llena

de rocas y volcanes ardiendo. La llamé "Roca Dragón" y al momento aquello estaba repleto de bestias lanzando fuego y volando por el cielo. Era un espectáculo maravilloso. Abrí los ojos de inmediato y apunté en mi mapa dónde estaba la zona para recordarla siempre.

De vuelta a Okami visité el noroeste, una zona repleta de pequeñas charcas, con juncos y cisnes. La llamé "Paraje Unicornio" y, como esperaba, la zona se llenó de esos mitológicos animales que galopaban con sus crines al viento. Más allá di nombre a un bosque: el "Bosque del Pegaso" y, como era de esperar, maravillosos animales alados aparecieron ante mí, resoplando y relinchando, a la espera de que decidiera montarlos.

No cabía en mí de júbilo. Todo aquel lugar estaba desierto, no había nadie más que los pequeños cachorros que me acompañaban a todas partes y yo. Decidí crear una escuela de magia y, por supuesto, atender a cada clase que allí se diese. Viajar a Okami se convirtió en una rutina que realizaba cada día al llegar del colegio e incluso en los recreos del mismo. La Tierra de Okami se convirtió en mi única amiga, la que me salvaba de estar siempre sola.

Pero como todos saben, no hay secreto que mil años dure. La noticia de que yo solía viajar a mundos imaginarios se extendió por todo el colegio y también por toda la urbanización. Los niños me llamaban loca, las niñas se reían de mí y salían corriendo y yo, llorando, acudía a Okami para protegerme de ellos.

Okami fue tomando forma según iban pasando los años. En primero de la ESO ya era todo un país que, recorrido en Pegaso, duraba varias horas. En segundo de la ESO hubo una terrible guerra entre unicornios y dragones a la que solo yo pude poner paz. En tercero de la ESO las niñas de mi clase comenzaron a sentir pena por la chica mis-

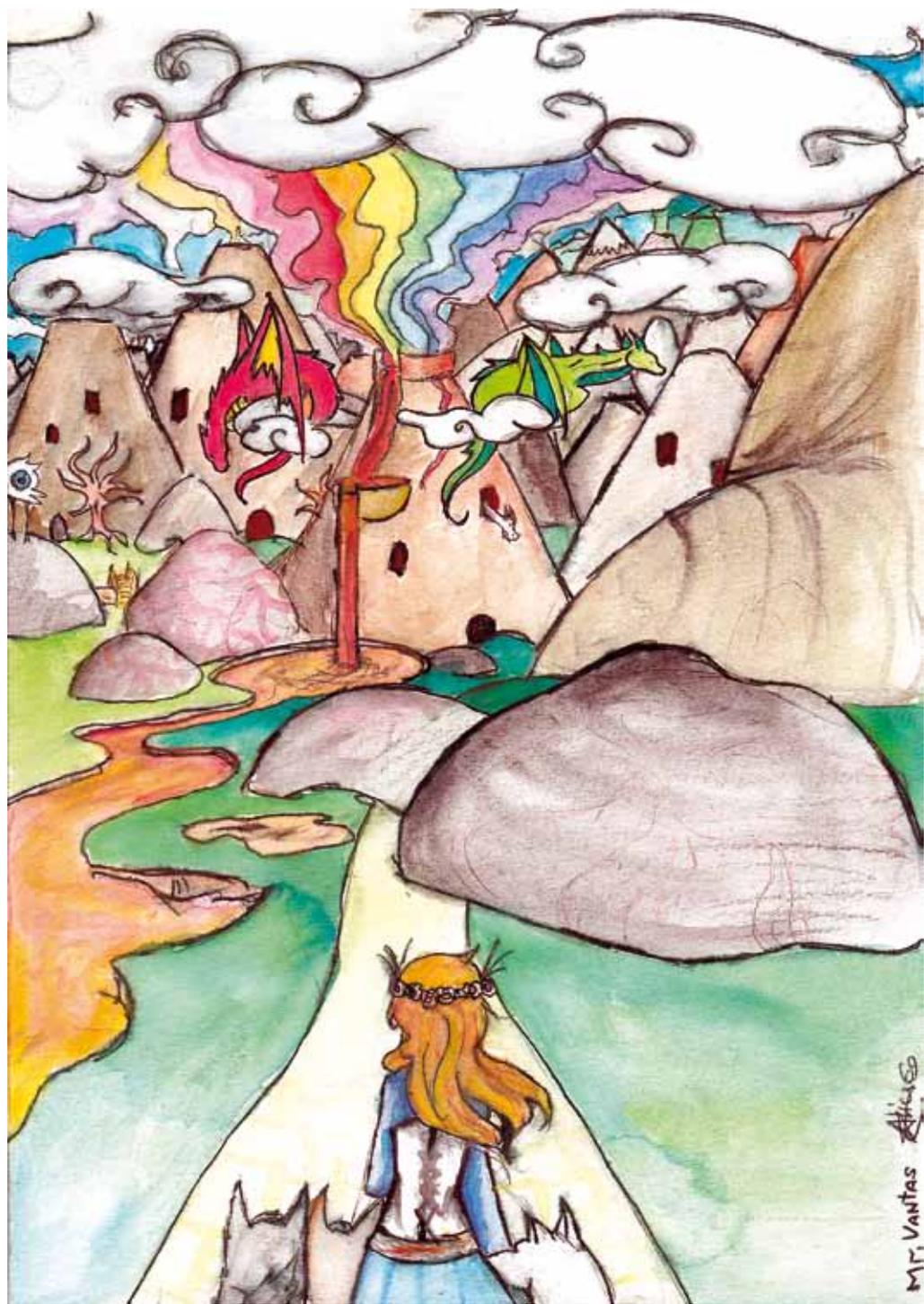
teriosa que nunca hablaba con nadie y quisieron invitarme a ser parte de su grupo, por lo que poco a poco fui dejando de entrar a Okami.

Hoy aún recuerdo Okami con tanto amor que no puede ser expresado. Okami me salvó de la soledad, me salvó de las burlas de otros niños, me salvó de todo. Mis viajes a Okami convertían la tarde más larga y monótona en divertidas aventuras.

Hay veces que me pregunto cómo habría sido mi vida sin Okami, siendo una niña “normal” con amigos “normales”. ¿Qué sería de mí si no pudiese recurrir a Okami cuando algo malo pasa, cuando alguien muere, cuando ocurre algo que no quiero que ocurra?

Sigo entrando a Okami de vez en cuando. Lo admito y estoy orgullosa de ello. Es mi mundo, mi pequeño mundo privado donde nunca nadie entrará, solo yo. Está en mi cabeza y sé que jamás lo perderé.

Vaya donde vaya, Okami estará ahí.



¡Brad! Mi viaje perfecto

Helen Mishel Tipanluisa Guerrero

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Morales Meseguer

Siempre soñé con viajar a Nueva York, pues me apasionan las grandes ciudades como Guayaquil o Quito, de mi amado Ecuador.

Mientras duró mi enfermedad todos mis amigos y familiares habían estado haciendo una colecta para ofrecerme un precioso regalo.

Aquella misma mañana la doctora Pastora me había dado la mejor noticia:

—¡Helen, tengo una sorpresa para ti! -dijo la doctora.

Mi corazón comenzó a palpar mucho más rápido de lo normal y, tartamudeando, logré decir:

—¿Cuál es la sorpresa?

La doctora me cogió de la mano y, acariciándome, me dijo que el trasplante había sido todo un éxito y que ya estaba curada. Yo miré a mi madre y me eché a llorar de felicidad. El tiempo que pasé en el hospital había merecido la pena.

Nada más saberlo cogí mi móvil y escribí un whatsapp a mi mejor

amiga. Busqué en mi pantalla táctil el nombre de Anabel y atiné a escribir: "Negrita, ya estoy curada", pulsé el icono de llorar y le di al botón de enviar.

Llegué a casa a media tarde. Las recogidas del hospital y los trámites de alta son interminables. Mi hermana, que había conducido, me ayudó a salir del coche. Miré a mi alrededor y me quedé un poco decepcionada porque no había nadie para darme la bienvenida. Mi madre me acompañaba en el ascensor y mi hermana llevaba las bolsas y las maletas. Abrimos la puerta de casa y todo estaba oscuro, lo cual no me sorprendió mucho porque casi nunca había nadie en casa. Empujé suavemente la puerta del salón y, para mi sorpresa, allí estaban mis familiares más cercanos y algunos amigos. Todos a la vez gritaron: "¡Bienvenida!"

Había una mesa redonda en el centro del salón, donde solíamos comer, que estaba llena de comida y de refrescos. Me acerqué y me llamó la atención un gran sobre de color rosa que ponía: "Para Helen". Pregunté si lo podía abrir y todos contestaron: "¡Claro, es tuyo!" Nerviosa, rompí la solapa y saqué una tarjeta que ponía "Vale por un viaje a Nueva York". Mis ojos se llenaron de lágrimas. Tanta emoción no me dejaba ni dar las gracias.

Los días siguientes los pasé colgada al ordenador intentando buscar vuelos y hoteles baratos, pero los precios eran más altos que los rascacielos de allí. El regalo de mis amigos llegaba escasamente para el pasaje, pero eso no me detuvo. Me iría y allí buscaría un trabajo y alojamiento, pues quería estar al menos un mes.

Por fin llegó el gran día. Tan solo quedaban horas para el vuelo. Las pasé despidiéndome de los mil amigos y familiares que llenaron el aeropuerto. Tantos éramos, que un vigilante nos tuvo que llamar

la atención por tanto barullo. Cuando me subí al avión tenía la cara amoratada de tantos besos.

Aunque el vuelo era de nueve horas, a mí se me hizo corto. Miraba las nubes, a los otros pasajeros, comía, dormía... hasta que por fin llegué. Antes de aterrizar ya pude ver por la ventanilla los inmensos edificios que parecían competir con el avión en llegar al cielo. ¡Qué emoción!

El trámite de la aduana fue muy largo. Registraron todas mis maletas. ¡Yo las llevaba perfectas y me las dejaron hechas un lío! No me podía creer aquel desastre. Todos mis objetos desperdigados, olidos por perros... ¡Qué asco! Encima todas las órdenes me las daban en inglés y tampoco soy una experta que digamos. ¡Uf, que rato más malo! Pero no me arrepentí, ni me vine abajo. Dije: "¡Vamos Helen! ¡A por New York!"

Con mis pocos recursos cogí un taxi y le pedí consejo al taxista para dormir y comer barato. Era un italiano muy simpático que había emigrado al país hacía muchos años. Él me propuso llevarme a la pizzería de su tío en Littel Italy para dormir en la buhardilla a cambio de trabajar en el local. Acepté encantada. Su tío, el señor Morriccone, un simpático gordito bigotudo, me dijo que tendría que estar los tres primeros días a prueba fregando platos. Y vaya, fregué más de tres mil, ¡qué horror! Con las ganas que tenía de conocer la ciudad. Menos mal que salí airosa y me contrató. Ya tenía habitación, comida, y unos pocos dólares para mí. Y lo más importante: tardes libres que me permitirían conocer Nueva York.

Siempre me había gustado la cocina, así que a los pocos días, el cocinero jefe ya me había nombrado su ayudante. Mi misión era sencilla: poner la base de tomate a todas las pizzas que salían de la cocina.

Así fueron pasando los días y el tiempo libre que tenía lo aprovechaba para conocer la gran ciudad.

Una tarde fui a Central Park. En aquel gigantesco parque había enormes zonas de césped y miles de aves con todos los colores del arco iris. Por todos lados encontraba gente deportista patinando, corriendo sudorosos y haciendo jogging.

Lo que más me sorprendió fueron los teatros al aire libre, donde cientos de actores representaban decenas de historias. Me hubiera quedado allí toda mi vida pero tenía que volver a la pizzería.

Una tarde todo el personal estaba super nervioso y encantado. Yo, tan metida en mi trabajo de "extendedora de tomate", no sabía lo que pasaba, así que decidí asomarme por la ventana redonda de la puerta de la cocina y mirar al salón. No os vais a creer a quien vi. Para mi sorpresa, nada más ni nada menos que a mi actor favorito: ¡Brad Pitt! Pensé que estaba soñando, ya que siempre he querido conocerlo, pero sí: era Brad Pitt. El cocinero jefe entró en la cocina y me dijo:

—Haz la mejor pizza que sepas hacer.

Nada más decirme eso me puse manos a la obra. Eché tantos ingredientes como pude... ¡hasta perdí la cuenta de lo que le echaba a la pizza! Después de unos largos veinte minutos por fin la pizza había salido del horno de leña y tenía un olor tan exquisito que ni yo misma me creía que pudiera haberla hecho. Le pedí permiso al cocinero jefe para servírsela yo misma a mi ídolo y me lo concedió. ¡Ay, qué nerviosa estaba! La pizza me temblaba entre las manos y creía que no podría dar los veinte pasos que me separaban de él. Cuando por fin estaba llegando a su mesa tropecé con su pie y toda la pizza le fue a caer en los pantalones. ¡Madre mía, qué susto! Había manchado a mi ídolo.

Y encima pensaba que el cocinero jefe me iba a echar. ¡Qué horror! ¿Para eso había ido a Nueva York?

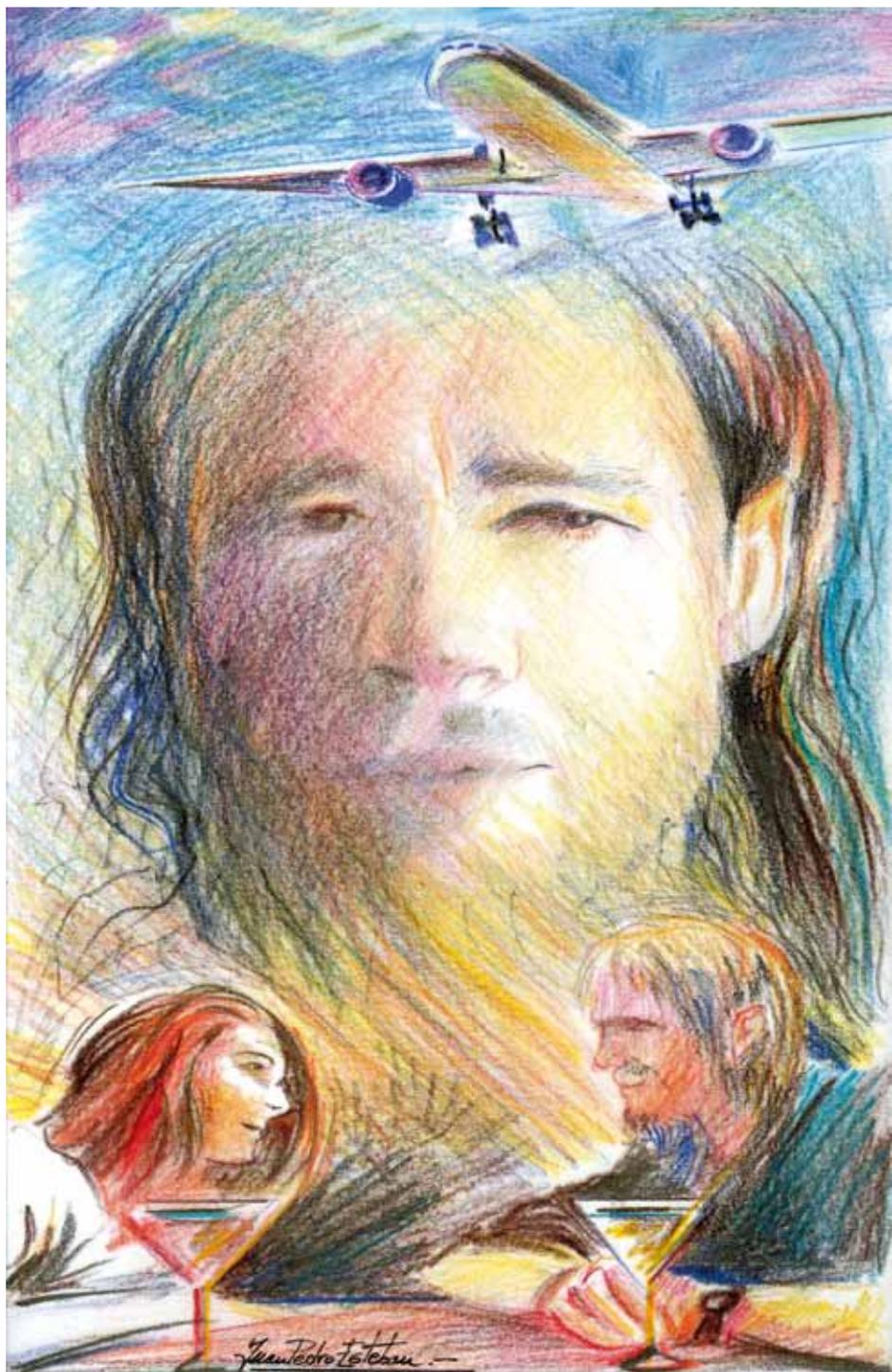
Pero, para mi sorpresa, Brad Pitt se echó a reír y dijo que era la primera vez que le daba de comer a sus pantalones. Al ver que el cocinero jefe estaba tan cabreado conmigo, decidí hablar con él y le dije que todo había sido un pequeño accidente provocado por su enorme pie y que yo era muy simpática, que mis pizzas olían muy bien y que no debería despedirme nunca. ¡Qué caballeroso! ¡Ahora sí que estaba encantada con él! Me pidió otra pizza y se la hice más buena todavía. Esta vez conseguí llevarla a su mesa y me invitó a compartirla con él. Fue una cena estupenda, hablamos de todo con el poco inglés que yo sabía y sobre todo con los gestos. Se despidió preguntándome a qué hora salía del trabajo.

Y aunque parezca increíble, al terminar mi jornada laboral, allí estaba él, esperándome. Me llevó en su limusina a conocer varios sitios de la ciudad como Times Square (una calle llena de cines, teatros y restaurantes) el puente de Brooklyn (por el que nos dimos un paseo de treinta minutos, con unas vistas increíbles que nunca hubiera imaginado) la catedral de St. Patrick's y, por último, cogimos un barco en Bowling para ir a la Estatua de la Libertad que, según me explicó Brad, era el símbolo de Nueva York, ciudad donde todo el que llegara tenía derecho a ser libre y labrarse un futuro con su trabajo, como estaba haciendo yo.

Fue uno de los días más maravillosos de mi vida y, aunque ya no volví a verlo ya que los actores viajan mucho y están muy ocupados, siempre tuve su teléfono por si necesitaba cualquier cosa. En el tiempo que me quedé en Nueva York conocí a más gente y más sitios de esta maravillosa ciudad. No paré ni un segundo.

Llegó la hora de mi regreso y, por supuesto, llamé a Brad para despedirme. Él estuvo tan simpático como siempre y quedamos en que nos veríamos cuando estrenará una película en España. Quizá se olvide, pero para mí, este recuerdo siempre permanecerá.

Me dio tristeza volver, pero ese sentimiento se me fue enseguida cuando, al llegar al aeropuerto de Madrid, mi familia me esperaba con muchas ganas de verme reflejadas en su rostro. Y pensé: "¡Viajar está muy bien si tienes quien te espere a la vuelta!".



Un dulce viaje por la rue de l' amour

Elena Miñambres García

Aula Hospitalaria del H.C.U. de Valladolid

Solo al recordar aquel invierno, mil sentimientos y sensaciones hacen que mi corazón se acelere, se me ponen los pelos como escarpías y un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

“Horas, tan solo quedan horas”, me repetía en mi cabeza una y otra vez. ¡Había esperado aquel momento tanto tiempo! Había contado los meses, los días e incluso los minutos. Había planeado aquel viaje desde hacía años, pero siempre surgía algo para no lanzarme y ponerlo en marcha... Surgía algo suena mejor que no tener ni un duro, ¿no?

Aquella noche mis ojos brillaban de un modo especial, cual niño que espera los regalos de los Reyes Magos o el día de su cumpleaños. Se palpaban mis nervios a quince kilómetros a la redonda. Revisaba mi maleta una y otra vez comparándola con la lista que tenía en mano. ¡Aquel era mi viaje soñado y estaba tan nervioso!

Llegó la hora y yo tenía esa agridulce sensación de que algo se me olvidaba. Metí las maletas en el coche y me dirigí a mi lugar soñado. Mi rostro deslumbraba una felicidad más pura que el diamante y mi sonrisa gritaba las mejores sensaciones. Encendí la radio y mis

dedos bailaban en el volante al ritmo de la canción. Nada podía salir mal, yo sólo buscaba disfrutar de un dulce viaje donde sumergir mi corazón en un profundo oasis de paz conmigo mismo. Qué ironía, ¿verdad? ¡Buscando tranquilidad y teniendo el corazón a mil por hora!

En aquel viaje no necesitaba cámaras que inmortalizaran recuerdos, ni maletas llenas de ropa que me disfrazaran de actores de cine. No necesitaba gente, no necesitaba dinero, no iba en busca de nada ni de nadie. Iba en busca de mí mismo, en busca de respuestas que liberaran a mi mente de las esposas que me ponía la vida.

Estaréis pensando que aquel viaje fue a Londres o a París, Nueva York o Punta Cana... No os podéis imaginar que los mejores viajes se hacen fuera de las fronteras de la sociedad, que las pequeñas cosas son las que más nos pueden ayudar a disfrutar del jugo de la vida.

Las canciones se iban sucediendo y cada vez quedaba menos para llegar a mi destino. Mis dientes no podían separarse y dejar de formar un semicírculo que derrochaban una explosiva ansia de vivir.

Mis ojos, iluminados como dos luceros, al fin vieron el cartel que indicaba: "Marul 2 km". No me lo podía creer, tan cerca y con tantas ganas de exprimir hasta el último segundo y lograr que cada uno se hiciera eterno.

Bienvenidos a Marul

Aparqué el coche en la entrada de la casa rural y cogí un folleto de información: Marul, un pequeño pueblo de montaña, bla bla bla... Pamplinas, yo no necesitaba nada de eso, solo tenía ganas de disfrutar.

No necesitaba grandes lujos porque, como ya he dicho antes, sólo quería un dulce viaje y llevaba los bolsillos llenos de caramelos, ¿qué más podía pedir?

Un viaje después

Ya no era el mismo, ya nada iba a volver a ser igual. Había algo, mejor dicho alguien, que había cambiado mi forma de pensar, mi forma de reír, mis ganas de vivir...

La primera noche en Marul fue perfectamente perfecta, increíblemente increíble y sencillamente sencilla. Sentado bajo las estrellas me sentía tan pequeño, tan indiferente en el mundo, que me producía tranquilidad.

Los días iban pasando y cada vez era mejor. Aquella sensación de paz conmigo mismo... Era tan libre como cuando salía del colegio o cuando me había salvado al escondite.

Llegó mi penúltima noche en Marul y comenzó a nevar. Una chica de buena apariencia se cruzó delante de mí y me sonrió. Después se acercó y me dijo:

—Perdona, ¿te importa que me siente?

—No, claro que no. Por favor siéntate.

Y aquellas palabras desencadenaron una larga e intensa noche juntos, conociéndonos y hablando de mil y una anécdotas de nuestras vidas. Susana, así se llamaba la joven y dulce mujer.

—David, ¿qué es lo más importante para ti?

—Yo no necesito grandes lujos, no necesito ser el mejor, ni el más

guapo, ni el más listo, ni tener lo más bonito. ¿Por qué no puedo estar en el medio? Los intermedios también son bonitos.

Tocó despedirse y fue un momento incómodo.

—Bueno, ya es hora de dormir, espero que te vaya todo muy bien. Encantado de conocerte Susi.

—Espera David, eres una gran persona y me ha encantado hablar contigo. Sé que vivimos muy lejos y que mañana es tu último día aquí pero, si quieres, llámame.

Me anotó su número en un papel y me lo dio. Nos dimos dos besos fríos y nos despedimos. No la iba a llamar, por supuestísimo que no. Que ya sabía yo como acaban esas cosas y luego... que si quedamos hoy, que si mañana...

Al día siguiente me repetía en mi cabeza una y otra vez que jamás la llamaría, intentando auto convencerme de que no iba a ocurrir lo que inevitablemente ocurrió.

En lo alto de la montaña sentía la brisa acariciándome tan fuerte como un roble pero, de repente, me sentía solo. Tenía la sensación de no necesitar a nadie, pero me mentía. Y lo que es más fuerte aún: sentía que nadie me necesitaba a mí.

Miré hacia atrás y vi a Susana. Un cosquilleo recorrió todo mi cuerpo. No sé si fue el destino o solo una coincidencia, pero me di la oportunidad de querer y ser querido y es lo más bonito que me ha pasado nunca. Me he encontrado a mí mismo y en el fondo he visto la necesidad de sentir que para alguien yo soy el motivo por el cual sonreír cada mañana. No busques a alguien perfecto, pues te enamorarás de quien consigas adorar sus imperfecciones.

Finalmente puedo admitir que mi viaje real fue mejor que el soñado, que amé conocer lo desconocido, que adoré sentir lo que hasta entonces era extraño y que aquel viaje me dejó un dulce recuerdo guardado con mucho cuidado en mi cajita llamada corazón que, sin lugar a dudas, es la que más vale.



Relación de Aulas Hospitalarias participantes en el VII Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre”

ANDALUCÍA

Hospital Universitario Virgen Macarena de Sevilla.

CASTILLA LA MANCHA

Hospital Universitario Nuestra Señora
del Perpetuo Socorro de Albacete.

Hospital General Universitario de Ciudad Real.

CASTILLA-LEÓN

Hospital Clínico Universitario. Valladolid.

Aula Escolar Hospital Río Hortega. Valladolid.

CATALUÑA

Hospital Clínic de Barcelona.

MADRID

Hospital General Universitario Gregorio Marañón.

Hospital Infantil Universitario Niño Jesús.

Hospital Universitario Fundación Alcorcón.

Hospital Universitario de Fuenlabrada.

MURCIA

Hospital General Universitario Morales Meseguer.

Hospital General Universitario Reina Sofía.

Hospital General Universitario Santa Lucía.

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca.

AGRADECIMIENTOS

Instituciones y entidades patrocinadoras del VII Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2014



La colaboración de todas ellas hace posible la existencia de este proyecto

Publicaciones recientes de la Consejería de Educación, Universidades y Empleo

www.educarm.es/publicaciones

- Introducción a la expresión plástica infantil. Análisis y desarrollo / Miguel García Córdoba.
- La dama Boba: versión para no versados / Jorge Fullana Fuentes.
- Intervención educativa en el alumnado con trastorno por déficit de atención e hiperactividad en la Educación Secundaria / M^a Dolores Alcaraz Carrillo, José Manuel Cartagena Ros, Lorenzo Antonio Hernández Pallarés, Concepción Riquelme Ortiz, M^a Jesús Ruiz Romero y Verónica Sabater Drott.
- Guía para entender a los adolescentes / Francisco Miguel Lucas Fernández y Emilia Morote Peñalver.
- Fuentes educativas sobre las fiestas tradicionales de invierno en la Región de Murcia (1879-1903) / Tomás García Martínez, María Dolores Ayuso García.
- En mi verso soy libre: relatos 2013 / Certamen Nacional de Relatos (6º. 2013. Murcia).
- ¿Quién entrevista a escritores en el aula? / M^a Ángeles Moragues Chazarra.
- Literatura y música: propuestas interdisciplinares para Educación Secundaria / M^a Dolores Escobar Martínez.
- Un modelo psicopedagógico de intervención en catástrofes. El terremoto de Lorca, mayo 2011 / Servicio de Atención a la Diversidad.
- Programa de análisis, asesoramiento y actuación para la modificación de conducta: herramientas y orientaciones para intervenir ante problemas de conducta en contextos educativos / Juan Pedro Martínez Ramón y Francisca Gómez Barba.
- Consejos para evitar riesgos en la Red. Apuntes para mejorar las relaciones en los centros / Observatorio para la Convivencia Escolar.
- Matemáticas aplicadas a las Ciencias Sociales II / José Antonio Martínez Martínez, Ana Roldán López y Santiago Vidal Martínez.
- Ajedrez para la Enseñanza Primaria / Sergio A. Vicente Martínez.
- Español como lengua extranjera. Compendio de unidades didácticas / M^a del Rosario Barrena Calderón.
- XXV Certamen Jóvenes Investigadores 2012. Premios Región de Murcia / Certamen "Jóvenes Investigadores" (25ª. 2012).
- Programa educativo "Rutas Biotecnológicas" / Alejandro Pérez Pastor, dir.; María Dolores Gómez López, coord.
- Guía GESCALI. Gestión de Calidad para Centros Educativos / Sara García García.
- Los retos de la competencia digital, el cambio metodológico: Lorca 4, 5 y 6 de julio de 2012 / IV Jornadas Nacionales TIC y Educación; III Jornadas Expertic.
- El patrimonio como recurso didáctico en la Educación Secundaria y Bachillerato: estudio de su uso en la enseñanza de la Historia de España / Carlos Iluminado Sánchez Hidalgo.
- Construyendo: VI Jornadas Regionales de Educación Infantil / Jornadas Regionales de Educación Infantil (6ª, 2012, Águilas).

EN MI VERSO SOY LIBRE. RELATOS 2014. VII Certamen Nacional de Relatos.

Este libro está compuesto por cuentos presentados al VII Certamen Nacional de Relatos "En mi verso soy libre", organizado por el Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia, dependiente de la Consejería de Educación, Cultura y Universidades. Este Certamen está dirigido al alumnado de las distintas Aulas Hospitalarias y Servicio de Atención Educativa Domiciliaria que trasciende más allá de las actividades de animación a la lectura y escritura, persiguiendo conseguir que el niño o adolescente en situación de enfermedad pueda

utilizar la palabra como refugio y vehículo de expresión. Los relatos de la presente edición versan sobre el tema "Los viajes". A través de este libro podrás compartir la emoción de hacer las maletas, para ir por tierra mar y aire a recorrer países y descubrir exóticos mundos, conocer otras gentes y culturas, dar un giro a los relojes y a los calendarios para aterrizar unas veces en el futuro y otras en remotas épocas pasadas. Es a su vez un viaje a través de las emociones. Te invitamos pues, a adentrarte en esta fantástica aventura literaria.

www.educarm.es/publicaciones

ISBN: 978-84-697-0139-3



9 788469 701393

E. A. E. H. D.

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria

Región de Murcia

